

Virgen María

Su historia de vida

Alfredo Barra

VIRGEN MARÍA
Su historia de vida

Autor: Alfredo Barra

Editora: Blanca Castro Iturrieta

Diseño: David Godoy

Fotografías: ACI Prensa/WordPress

Código ISBN.....

Vendido por: Amazon USA / Edición papel y digital

Idioma: Español

Índice

-Preámbulo	7
-Principales fuentes	9
-Sus padres	11
-La llegada de María	17
-La búsqueda de un esposo	26
-La Anunciación.....	32
-El conflicto de José.....	35
-El pesebre de Belén	42
-Los Reyes Magos	47
-La revelación de Simeón	55
-La huída.....	60
-El extravío del niño	65
-El primer milagro.....	70
-Días finales de Jesús	74
-La primera en verlo resucitado	78
-Epílogo.....	81

Preámbulo

Según la Biblia, hace más de dos mil años tuvo lugar uno de los acontecimientos más misteriosos de la historia. Se narra que una niña campesina de 14 años, escogida por Dios y de nombre María, dio a luz milagrosamente al Salvador del pueblo judío, una de las civilizaciones más atrasadas del siglo I.

Hasta la fecha había escasa documentación de la extraordinaria vida de María, pues la mayor parte de su historia parecía haberse dispersado por los vientos del tiempo. Incluso, en los cuatro evangelios de la Biblia escritos por Mateo, Marcos, Lucas y Juan se desvela poco de ella, unas escasas 17 líneas en total. La pregunta es: ¿Cómo puede haber tan poco de Ella en el Nuevo Testamento y tanta referencia y admiración entregada por la Iglesia?

Lo que no está incluido en los evangelios del Nuevo Testamento fue hallado recientemente en numerosos pergaminos escritos en griego, dentro de una caja de metal conservada por las cenizas que durante 20 siglos protegieron el hallazgo. Aconteció durante unas excavaciones que realizaba un grupo de arqueólogos en las ruinas de Antioquía, en pleno siglo XXI.

Se cree que los papiros hallados fueron escritos en torno

a los años 70 (d. de C) y llevan la firma de San Lucas. Él fue un magnífico escritor de atractiva personalidad que recopiló meticulosamente las tradiciones orales que conoció y escuchó de su entorno. Aunque utiliza las mismas fuentes que Marcos y Mateo, las enriquece con aportaciones como el relato de la infancia de Jesús que, según se supone al leerlo, la misma Virgen María debió contarle.

Esto último es un detalle minucioso que la Madre de Jesús le habría narrado al evangelista cuando ella ya tenía 63 años de edad.

Hemos cotejado el relato del Apóstol Lucas con fragmentos del Nuevo Testamento, con testigos de la historia y las sorprendentes visiones de la monja estigmatizada Anna Catalina Emmerick. Las visiones de la beata han constituido un extraordinario aporte para puntualizar los aspectos más significativos de la llegada de Nuestra Señora al mundo.

Principales fuentes

Parte de las fuentes en que se sustenta este relato proviene de San Lucas, quien fuera un sirio de Antioquía y está considerado por la tradición cristiana como uno de los autores del Evangelio y de los Hechos de los Apóstoles. Fue médico, un buen escritor y discípulo de Pablo de Tarso, al que se mantuvo muy cercano hasta el resto de su vida. Según la fecha de sus escrituras, Lucas no perteneció al grupo de Jesús, pero en la redacción de su Evangelio hizo una prolija investigación consultando a personas de la época, incluyendo a la Virgen María y a los Apóstoles. El último Evangelio descubierto en Antioquía es el más largo y el mejor redactado por el uso depurado y equilibrado del griego, como solo podían hacerlo personas cultas y erudita en tales fechas.

Lucas se hizo cristiano mucho después, y según los datos de que se disponen, conoció a la Madre de Jesús durante una visita que le hizo junto a Pablo en la casa donde ella vivía. Esas visitas se prolongarían durante meses y años y de donde saldría el Evangelio recientemente descubierto.

Por otro lado, la beata Ana Catalina Emmerick, que aporta detalladas visiones sobre la vida de María, fue una monja alemana agustina canónica y mística que vivió entre 1774 y 1824. Desde pequeña comenzó a tener visiones sobre los aconteci-

mientos divinos que habían involucrado la vida de la Sagrada Familia, como si fueran visibles al ojo humano, con detalles sorprendentes que nunca habían trascendido. A los 24 años le empezaron a aparecer heridas sangrantes, estigmas que se hacían visibles periódicamente en los Viernes Santo. Para registrar sus visiones recurrió al poeta Clemente Brentano, quien llenó cuarenta volúmenes con detalladas escenas y pasajes coincidentes con lo transcrito en el Nuevo Testamento.

Las visiones de Emmerick se usaron para el descubrimiento de la casa donde nació la Virgen María, en una colina cercana a la ciudad de Éfeso. Ni ella ni Brentano habían ido nunca a Éfeso, y, de hecho, la ciudad aún no se había excavado. Sus visiones fueron aceptadas por la Iglesia Católica luego de los reconocimientos que dieran a este hallazgo los papas León XIII, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II. Este último beatificó a la monja el 3 de octubre de 2004.

Con los manuscritos de Lucas, con las visiones divinas de Anna Catalina Emmerick y otras investigaciones de eruditos, hemos logrado emprender el recorrido histórico y humano de la Virgen María, partiendo por las circunstancias en que sus padres, Joaquín y Ana, la dan a luz después de un largo proceso de infertilidad de la madre.

Sus padres

Para comprender a cabalidad las circunstancias en que la Inmaculada María llegó al mundo es necesario partir por sus padres, Joaquín y Ana, un matrimonio misericordioso, descendiente de los esenios, aquellos que en tiempos de Moisés y Aarón tuvieron el encargo de conservar el Arca de la Alianza, un cofre sagrado que contenía escritas en piedras las Tablas de la Ley en que figuraban los Diez Mandamientos que Dios entregó a Moisés en el Monte Sinaí. Allí también habría estado anunciado el nacimiento de María, su unión terrenal con José y el nacimiento de Jesús.

Tras la revuelta Macabea contra el opresor griego, acontecida en la época de la dominación Seléucida (197 a 142 a. de C.), los esenios se retiraron al desierto para “preparar el camino al Señor”. Si alguien deseaba ser miembro de la comunidad se le exigía una vida entera de estudio de la Ley, humildad y orden. Se imponía la observancia de un estricto código de disciplina, cuya base era la corrección fraterna mutua.

Los hombres de aquella comunidad practicaban el celibato toda su vida, aunque a una parte de los esenios sí se les permitía el matrimonio carnal, como el caso de Joaquín y Ana, pero se exigía la monogamia estricta para todas las personas casadas, incluso a los reyes.

Joaquín y Ana vivían junto a Eliud, el padre de ella. Reina-ba en su hogar la estricta vida y costumbre de los esenios. La casa estaba en Séforis, un tanto apartada del resto de la población. Era una morada grande y notable en la que vivieron alrededor de siete años. Los padres de Ana eran de bienes; tenían mucho ganado, hermosos tapices, notable menaje y siervos y siervas. Eran piadosos, reservados, caritativos, sencillos y rectos. A pesar de su opulencia vivían con modestia y acostumbraban a dar con facilidad lo que se les pedía.

Joaquín y Ana no habían podido concebir hijos después de su matrimonio, por lo que eran el blanco persistente de las burlas de la comarca. Se les ofendía por la esterilidad de Ana, que ya de 43 años no concebía, y eso abatió también a Joaquín, que resolvió en un momento dejar a su mujer para aislarse y orar a Dios a fin de que lo bendijera con un hijo.

Se narra que durante cinco meses permaneció Joaquín oculto en el monte Hermón. Cuando iba donde estaban sus rebaños y veía a sus corderitos, se ponía muy triste. Los siervos le preguntaban por qué se mostraba tan afligido, pero él no les decía que estaba siempre pensando en la causa de su pena: la esterilidad de su mujer. Ana sufrió mucho por la ausencia de Joaquín y las persistentes críticas de la población. La vergüenza de su esterilidad le impedía mostrarse en la sinagoga sin recibir humillaciones.

Como lo hacía a menudo al atardecer, cierto día Ana cubrió su cabeza con un manto y se cobijó bajo un gran árbol que había en el patio de su casa. Encendió una lamparilla y se entregó a la oración. Allí clamó una vez más a Dios, diciéndole: “Si quieres, Señor, que yo siga estéril, haz que, al menos, mi piadoso esposo vuelva a mi lado”. Esa plegaria la había repetido varias veces, pero en esta ocasión fue diferente. Desde lo alto un ángel se le apareció por primera vez, colocándose delante suyo. Ella sintió miedo y desconcierto, pero el ángel la tranquilizó para que pusiera en paz su cora-



Restos de la casa que fuera de los padres de María, en Séforis.

zón y comunicarle que Dios había oído su oración.

El mensaje era que a la mañana siguiente debía ir con dos criadas a Jerusalén, y que al entrar al templo, bajo la Puerta Dorada del lado del Valle de Josafat, encontraría a su esposo. Le añadió que como ofrenda a Dios debía llevar un par de palomas para sacrificarlas, y que Joaquín ya estaba en camino.

Ana dio gracias al ángel y volvió a su casa contenta. Hasta entonces no sabía acerca de la existencia de los ángeles, pero lo dicho por este lo recibió como una promesa verdadera y debía cumplirla, a pesar de su desconcierto.

Cuando esa noche se quedó dormida en su lecho, el ángel se le volvió a aparecer, esta vez entre un vivo resplandor, para

transmitirle que concebiría una hija de características muy especiales, y que esa concepción sería la bendición que recibiría de Abraham. Se cuenta que su gozo fue tan inmenso que pareció rejuvenecer al levantarse al día siguiente para ir a Jerusalén. Quienes la vieron recuerdan que Ana estaba deslumbrante y llena de vida.

A mucha distancia de allí, Joaquín también había sido visitado por el ángel, quien le mandó llevar al Templo las ofrendas de dos corderos y tres cabritos, porque Dios ya había escuchado su rogativa y sería padre de una criatura muy especial. Aunque el serafín había sido preciso en indicarle que debía llevar la ofrenda a la Puerta Dorada de la basílica, al igual que Ana, sintió una gran perturbación por la presencia de aquel ser alado. Al verlo en ese estado, el ángel lo animó a que lo hiciera, añadiéndole que los sacerdotes ya tenían aviso de su visita, y que no desconfiara.

Al llegar Joaquín tres días después al Templo, Ana, que se había anticipado, fue a hospedarse con la familia de su tío Zacarías en el mercado de los peces, mientras Joaquín entregaba la ofrenda a los sacerdotes. En el momento en que eran sacrificados los corderos, uno de los sacerdotes judíos le llamó para que se aproximara al ceremonial. Al hacerlo, un rayo de luz se depositó sobre él, rompiendo la opacidad del Templo. El hecho inusual produjo primero admiración y luego un profundo silencio entre los asistentes. Aquel fenómeno jamás había sido visto en la basílica.

Recuperada la calma, dos sacerdotes lo llevaron a través de las cámaras laterales hasta el altar del incienso, donde echaron una mezcla de mirra, casia, nardo y azafrán, que se encendió. Entonces él quedó solo delante del altar, mientras los sacerdotes tomaban una discreta distancia.

Joaquín estuvo allí de rodillas mientras se consumía el incienso, exponiendo sus invocaciones con profunda piedad. Se dice que permaneció toda la noche frente al altar, sin que dis-

minuyeran sus oraciones ni tampoco su contemplación. Anna Catalina cuenta que estando él en éxtasis se le aproximó el rostro resplandeciente del mismo ángel, quién tomó dentro del Arca de la Alianza un rollo en forma de pergamino, que pudo tratarse del sacramento de la Encarnación de la Inmaculada Concepción. Esto, para dar cumplimiento y culminación a la bendición de Abraham. Entonces desplegó el documento y lo leyó.

En aquel rollo estaban grabados con letras doradas los nombres en arameo de Helia, Anna y Myriam, en un lenguaje distinto de citar a Joaquín, Ana y María. Joaquín tomó el pergamino y lo guardó bajo sus vestimentas. En ese momento el ángel le habló: “Ana tendrá una Niña Inmaculada y de Ella saldrá la salud del mundo. No debe lamentar Ana su esterilidad, que no es para su deshonra sino para su Gloria. Lo que tendrá Ana no será de ti, sino por tu intermedio será un fruto de Dios y la culminación de la bendición dada por Dios a Abraham”.

El esposo de Ana no podía comprender todo lo que había visto y escuchado. Eran demasiados hechos sobrenaturales para un devoto que no conocía más que su trabajo y ofrendas a Dios. En un momento el ángel ungió su frente con la punta del pulgar y del índice y frotó su cuerpo luminoso contra el suyo. También le dio a beber algo de un cáliz brillante que sostenía por debajo con dos de sus dedos, y le advirtió que la copa debía conservarla para sí y llevarla a casa, mandándolo a que mantuviera el misterio. Ana Catalina narra que sólo tiempo más tarde los sacerdotes echaron de menos el misterioso pergamino que se hallaba oculto en el Arca, y que desde entonces, parte de su contenido se extravió para nunca hallarse, salvo el cáliz, que sería protagonista de la Última Cena.

Al irse el ángel, Joaquín permaneció tendido de manera rígida en el suelo frío y sin conocimiento. Luego llegaron los sacerdotes y le echaron agua en la cara, colocándole algo delante de la nariz, tal como si intentaran revivir a alguien desmaya-

do. Con todo, Joaquín ya no era el mismo, sino un hombre luminoso, más joven y contento. Al llevarlo a un lugar donde estaba la Puerta Dorada, “a una hora también dorada”, vino a su encuentro su esposa Ana.

Al verse ambos después de tanto tiempo se estrecharon bajo el arco en un cálido y deslumbrante abrazo. Dice la visionaria que ambos estaban en éxtasis, llenos de gloria y resplandor entre numerosos ángeles que flotaban y resplandecían con luz celestial. También ellos eran luminosos y puros, casi como espíritus. Joaquín y Ana estaban en un estado sobrenatural en que ninguna pareja humana se hubo hallado antes.

Un ángel sostenía una torre luminosa que recordaba la fortificación de marfil de David, precisando Anna Catalina: “Entendí en ese instante que era la Concepción de María, sin el pecado original. María había sido engendrada en una pureza perfecta”, y añadió: “En ese momento entendí cómo la pureza, la castidad, la reserva de los padres y su lucha contra el vicio impuro tiene incalculable influencia sobre la santidad de los hijos engendrados”.

El matrimonio permaneció varias horas más en el Templo antes de regresar a Nazaret. Todos los acontecimientos sobrenaturales de las últimas horas los mantenía aun en un estado de embriaguez o de mágico letargo. Pero había que partir, y lo hicieron en horas de la noche, en una carreta, guiados por las estrellas.

Llegados a Nazaret, ofrecieron al día subsiguiente un banquete de regocijo a muchos pobres del lugar y repartieron grandes limosnas, agradeciendo a Dios por su misericordia con ellos.

La llegada de María

La vida continuó plácida para los esposados durante los meses siguientes, mientras la preñez de Ana mantenía su curso inexorable. Al aproximarse el noveno mes, ella le anunció a Joaquín que se acercaba el alumbramiento, por lo que se envió mensajeros a todas las mujeres que eran sus parientes de Séforis y del Valle de Zabulón, llamándolas a su lado. Entre las criadas, Ana sólo conservó a una de ellas. Por su lado, Joaquín envió con sus pastores al Templo hermosos corderitos y bueyes a fin de que los sacerdotes dispusieran de éstos durante la acción de gracia. Días más tarde llegaron a su casa desde la lejanía las parientes que habían sido informadas, y se reunieron todas en oración para después ayudar a Ana en los preparativos del nacimiento.

Después de la exhortación las mujeres volvieron a unirse para merendar una pequeña porción de frutas y agua mezclada con bálsamo, sosteniendo una animada charla. Esta solemnidad se prolongó toda esa semana, y la noche final, mientras las mujeres se fueron a dormir, Ana permaneció levantada para volver a orar en solitario. Estaba muy inquieta al desconocer cómo daría a luz, después del misterio en que había sido engendrada su hija, y se recostó a eso de la medianoche.

No recuerda la hora, pero sí que despertó por una luz in-

tensa que hizo resplandecer toda la habitación, mientras ella sentía que la criatura estaba por nacer. El brillo alertó al resto de las mujeres que alojaban en las piezas colindantes; y al ingresar a su habitación y verla encendida como en llamas, fueron cayendo como desvanecidas, apegando su rostro al suelo. Dice Emmerick que “la iluminación en torno a Ana tomó la forma de zarza, de la misma forma que ardiera junto a Moisés sobre el monte Horeb, y se proyectó al interior”.

En aquel instante se produjo el parto en forma natural y sin dolores, y Ana recibió en sus brazos a la pequeña María, luminosa, sonrosada, que envolvió en un manto, apretó contra su pecho y la colocó después delante del relicario. En aquel momento sintió un impulso irresistible de orar, dando gracias Dios por haber escuchado su ruego, y sólo contuvo el rezo cuando escuchó a la niña llorar.

La vidente vio que Ana sacaba unos paños debajo del gran velo que la cubría, y fajando a la niña dejó su cabeza, el pecho y los brazos descubiertos. Sólo entonces la aparición de la zarza ardiendo desapareció.

Las mujeres que le acompañaban seguían de rodillas con las manos y el rostro apegado al suelo, y sólo se incorporaron al escuchar el llanto de la criatura. En medio de la mayor admiración la recibieron en brazos, derramando lágrimas de alegría. Una de ellas inició un cántico de acción de gracias y las demás la siguieron, mientras Ana alzaba levemente a la niña en ofrenda a Dios. Dice la monja: “Vi entonces que la habitación se volvió a llenar de luces y oí a los ángeles que cantaban “Gloria” y “Aleluya”. Pude escuchar todo lo que decían”.

Fueron las mujeres las que lavaron y secaron a la pequeña María, introduciéndola después en una pequeña canasta calada que ya estaba preparada. Sólo entonces llamaron a Joaquín, que se había mantenido fuera de la habitación, orando, con el rostro apegado al suelo, que era el papel que correspon-

día a los hombres. Al acercarse al lecho de Ana tomó a la niña en sus brazos y lloró de alegría.

A la mañana siguiente los servidores, las criadas y mucha gente se reunió al ingreso de la casa para conocer a la recién nacida. Se les hacía entrar sucesivamente, y la criatura les fue mostrada a todos por las mujeres que la atendían. Otros vecinos también acudieron porque durante la noche habían visto un intenso resplandor sobre el tejado, asombrándose además de que Ana pudiera haber concebido una hija en plena esterilidad.

Se cuenta que el día de su nacimiento, la Virgen Inmaculada recibió el conocimiento de los más profundos misterios que se irían develando durante su crecimiento, guardando su inocencia y candor de niña. Difícil resulta comprender en nuestros días el dogmatismo que le fue dado, considerando que ella no sería tentada por el árbol pernicioso del Paraíso terrenal, sino, conoció todo como la criatura que sabe que en el seno de la madre es donde debe buscar su alimento.

Los investigadores de este suceso cuentan que con la llegada de la niña se produjo en la comarca un progreso en el estado de gracia de los Patriarcas y en las desuniones. Con su llegada se advirtió una claridad más amplia de juicio y una mayor influencia sobre las cosas que estaban aconteciendo a grandes distancias. Fue como si todas las labores, todas las penitencias hechas en la vida, todas las oraciones y ansias hubiesen llegado, por decirlo así, a su completa madurez, produciendo frutos de paz y gracia.

A los tres años y tres meses sus padres la llevaron al Templo para consagrarla junto a otras pequeñas vírgenes que debían ser criadas y formadas allí hasta los primeros asomos de la pubertad. María era entonces de complexión delicada y

cabellera larga y rubia. Tenía la estatura de un niño de cinco años y era de gran belleza.

Previo a la partida se organizó en su casa una fiesta religiosa en que se le indagó sobre algunos factores para verificar si estaba en condición de ser recibida en el Templo. La santa vidente narra que en la ocasión estaban cinco sacerdotes de Nazaret, de Séforis y de otras regiones, entre ellos Zacarías, tío de María y futuro padre de Juan Bautista. Durante el ensayo fue interrogada varias veces acerca de materias de fe, a las cuales ella respondió con gran conciencia.

En este ceremonial que tenía un aire de gravedad y seriedad, la niña debió usar tres vestidos para cumplir con las tres etapas que demandaba el rito. El primer vestido era amarillo y sobre el pecho tenía otra ropa bordada con cintas que se sujetaban al cuerpo. Sobre éste ropaje se le calzó un mantito oscuro con aberturas en los brazos y de los que colgaban algunos retazos de género. Esta vestimenta debió usarla para responder acerca de aspectos sobre la oración y la penitencia.

El segundo vestido era de color azul celeste, con un mantito blanco-azulado. Tenía un adorno sobre el pecho, y se le colocó un velo transparente de seda blanca con pliegues detrás, como el que usan las monjas. Sobre la cabeza iba una corona de cera adornada con flores y capullos de hojas verdes y un velo protector en el rostro. Este vestido fue para compartir el almuerzo en el comedor, donde se le consultó e instruyó acerca de las costumbres que debía observar. A pesar de su corta edad, la niña dejó a todos maravillados por sus respuestas e ingenios.

Después fue llevada a otra sala donde estaba el altar, en que le quitaron el vestido para ponerle el siguiente. La hermana de Ana y un sacerdote la revistieron de nuevo, esta vez con un traje color violeta, que llevaba de adorno un paño bordado sobre el pecho. Se le puso también un mantito de color morado, más amplio y más festivo. Tenía mangas anchas para los brazos y cinco líneas de adornos de oro. Las mangas estaban

partidas al medio y se cerraban con botones. Sobre su cabeza se le colocó una corona cerrada con cinco broches que tenían un círculo de oro, revestida de seda por fuera, con rositas y cinco perlas de adorno. Sobre su rostro caía un velo blanco y grande.

Dice la monja Ana Catalina Emmerick que en el piso de la sala había un tapete rojo y en el medio de la habitación se había ubicado un altar cubierto de un paño también rojo, y encima uno de blanco transparente. En el altar se hallaba una caja con rollos escritos y una cortina que tenía bordada la imagen de Moisés, envuelto en su gran manto de oración, sosteniendo en sus brazos las Tablas de la Ley.

Cubierta de esta forma, María fue llevada hacia el altar, mientras otras niñas de su edad la acogían en el entorno. Durante todo el momento ella se mantuvo en una absoluta concentración interior. Después su madre le quitó los vestidos simbólicos y le puso su acostumbrado ropaje. Al concluir el ceremonial fue acompañada al Templo de Jerusalén por sus padres, parientes y sacerdotes para ser consagrada a Dios. En la basílica debería mantenerse hasta los doce años para ser instruida en el culto, aprender a leer, a escribir y capacitarse en algunos menesteres, como era la costumbre judía.

Se relata que al llegar al Templo se notaba en ella algo de santidad enternecedora. Toda la comitiva ingresó por una puerta muy alta y muy pesada que brillaba como oro y que tenía grabadas varias figuras como racimos de uvas y gavillas de trigo. Para llegar al interior fue preciso subir cincuenta grandes escalones, que la niña ascendió con gran agilidad.

Bajo la Puerta Dorada, María fue recibida por Zacarías y algunos sacerdotes que la llevaron a una de las salas, donde se separó la comitiva para que las mujeres y las demás vírgenes que también ingresaban fueran a un lugar reservado para orar. Para este compromiso, Ana vistió a su hija con el tercer traje de fiesta, que era de color azul violáceo y le puso el man-



Recreación de María cuando llegó al Templo de Jerusalén para educarse en la religión judía.

to, el velo y la corona ya descritos. En un sitio aparte había un grupo de niños del recinto, vestidos de blanco, que tocaban flautas y arpas.

Más tarde Zacarías y Joaquín fueron con un sacerdote desde el patio hasta el altar, delante del cual estaba otro sacerdote y dos levitas con rollos de las Escrituras y lo necesario para escribir. Un poco más atrás se hallaban las doncellas que habían acompañado a María, y ella se arrodilló frente al altar, al tiempo que Joaquín y Ana extendían las manos sobre su cabeza. El sacerdote cortó un poco de sus cabellos, quemándolos sobre un brasero, y los padres pronunciaron algunas palabras, ofreciendo su hija al Todopoderoso. Al término los levitas procedieron a inscribirla, oficializando su consagración.

Del otro lado del muro, un anciano príncipe de los sacerdotes, próximo al altar, agitó el incienso, y el humo de sugestivo perfume se esparció alrededor de María y de los allí presentes. Luego los sacerdotes tomaron las guirnaldas que estaban alrededor de sus brazos y las pasaron a sus custodios, incluyendo las antorchas. Una de estas depositarias era Noemí, hermana de la madre de Lázaro, el resucitado. Una vez que hubo concluido el rito, Ana y José se retiraron de la basílica con la certidumbre de que su hija iniciaba la etapa más elemental de su vida.

Durante su permanencia en el Templo todas las niñas se ocupaban de bordar, adornar, lavar y ordenar las vestiduras sacerdotales. Tal como las demás vírgenes, María se fue formando por medio del estudio, de la oración y del trabajo mientras hilaba y tejía para el servicio del recinto sagrado. Lavaba la ropa y limpiaba los vasos, barría las habitaciones y estaba atenta a cualquier otra indicación. Y como toda alma santificada, sólo comía para el propio sustento, sin probar jamás otros alimentos. Su vida era un empeño incesante hacia la salvación, una plegaria interior continua. Hacía todo con gran serenidad y disimulo, levantándose de su lecho e invocando al Señor cuando todos dormían.

Estas cualidades especiales no le impidieron desarrollarse como una niña alegre y juguetona, pese a la estricta obediencia que demandaba la formación. Una vez que creció y abandonó el Templo, su madre se fue apoyando en ella más y más porque la veía muy cuidadosa y responsable. Le gustaba ir al pozo, ubicado en medio del pueblo, para llevar agua en un cántaro a su hogar, equilibrándolo sobre su cabeza como cualquier niña de su vecindario. También aprendió tempranamente a cocinar y a aprovechar las nociones básicas adquiridas en la basílica para lavar, asear, coser y bordar.

Aunque sus conocimientos eran superiores a los de otras infantas, le costaba discernir las razones de por qué llegaban de manera tan profunda a su corazón las palabras de las Sagradas Escrituras. Ignoraba que Dios la estaba preparando para la misión a que había sido destinada. El no tener pecado original le significaba no solamente evadir sus pecados personales, sino conservar una armonía en su alma como una música en la que todas las cosas de cada día iban tocando un himno de alabanza a Dios.

Al estar tan protegida contra cualquier pecado o falta podría haber sido crítica de las incorrecciones de los demás pero, al contrario, sentía compasión por los pecadores y la urgía un gran deseo de ayudarles y rezar con ellos. Su manera dulce y paciente hizo que otras niñas se le acercaran buscando un consejo, una palabra de aliento o una corrección.

En la narración que hace Lucas para su Evangelio, María, ya en edad avanzada, le compartió que Dios vivía de tal manera dentro de su alma, que durante el verdor de su vida comprendió que había nacido para Él. En aquellos tiempos era impensable que una joven en edad temprana, especialmente con los dotes de belleza que ella tenía, no se casara. “¿Cómo entregarme a Dios del todo y estar casada a la vez?”, era su gran incógnita.

La búsqueda de un esposo

La costumbre en Israel era la de casar a las niñas muy jóvenes y esperar a que crecieran un poco antes de ir a vivir a la casa de sus maridos. Y aquel momento también llegó para ella. Al cumplir los doce años, los sacerdotes que tenían su custodia consideraron que era momento que se casara. Había que encontrarle el marido adecuado, tal como ocurría con las otras vírgenes de su edad, pero en su caso había consideraciones especiales que tener en cuenta, por tratarse de alguien de la descendencia de David. ¿Sería María la futura madre del Mesías?

Por la misericordia de Dios ya se había anunciado a los paganos piadosos que el Mesías debía nacer de una virgen en Judea. Esto se divulgó en Caldea, donde había adivinos que tenían visiones de una figura en el cielo o en los astros, profetizando todo lo que veían. También en Egipto había anuncios similares. Así, todos los ojos se fijaron en el Templo de Jerusalén, donde era probable que la madre del futuro Mesías estuviera entre aquellas vírgenes consagradas.

Para elegir al esposo de María, Dios le encomendó la tarea a Zacarías por su condición de sacerdote judío perteneciente a la “clase de Abías” (Dios es mi Padre), y lo hizo a través de un ángel que le transmitió el mensaje: “Zacarías, Zacarías, sal y reúne

a todos los viudos del pueblo que pertenezcan a la casta de David. Que venga cada cual con una vara, y sobre quien Dios haga una señal portentosa, ese será el elegido”. Conocido el mandato sobrenatural, salieron los mensajeros en su búsqueda por toda Judea. Uno de ellos fue al Norte, otro al Oriente y el tercero al Mediodía. El emperador Herodes, que reinaba por aquel tiempo, era un soberano muy receloso de cualquiera que pretendiera hacerle sombra, de modo que para los enviados fue una empresa ardua y arriesgada.

Cuando los emisarios consiguieron reunir a once varones solteros y viudos, emparentados con la descendencia del antiguo rey israelita, los llevaron a la basílica y el sumo sacerdote tomó las varas que cada cual había llevado e ingresó con ellas a donde estaba el tabernáculo, y oró. Al concluir su plegaria tomó todas las varas y las colocó sobre el altar, pero no apareció ninguna señal especial en ellas. Después de un rato volvió a repetir la acción con cada una de las varas, y tampoco ocurrió nada. El sumo sacerdote estaba muy decepcionado, pues María debía casarse invariablemente con alguien de su línea familiar, pero no había señales. Su unión no admitía otro parentesco.

Mientras el tema era discutido, alguien recordó que lejos de allí había un artesano que provenía de la casta de David y a quien no se había ubicado. Se recomendó entonces ir en su búsqueda, aunque se tardara en encontrarlo, y así los emisarios partieron otra vez a indagar.

Cuando éstos llegaron finalmente donde José, que vivía en Samaria, él estaba en un astillero a orillas del río cepillando una barcaza que debía entregar. Quienes le conocían sabían que se trataba de un buen carpintero, por el prestigio que lo ubicaba entre los ebanistas acuciosos. También sabían de su bondad y apego a las cosas sagradas. Y cuando José se enteró detalladamente de por qué se le buscaba, se inquietó, señalando:

-Soy un hombre de cierta edad, mientras que María es sólo una niña.

Pero como los hombres debían cumplir con su misión, lo instaron a que abandonara su trabajo y les siguiera.

-Debes venir con nosotros y cortar antes una vara que llevarás al Templo de Jerusalén –dijeron.

Ante el requerimiento, que no dejaba ninguna duda de que no era una petición sino una orden, José dejó lo que estaba haciendo, cortó la vara que se le pedía y acompañó a los hombres en una larga cabalgata.

Al llegar al Templo se reunieron los sacerdotes para volver a efectuar la prueba. Y cuando la vara de José fue colocada en el tabernáculo... ésta floreció en forma inmediata, exponiendo unos lindos pétalos multicolores. El milagro de la rama fue para José como si hubiese sido tocado por el Espíritu Santo, pues en su interior algo también floreció, que lo remeció entero. No cabía duda, era la señal que esperaban los sacerdotes. Sobrecogidos por lo que todos presenciaron, el canónigo mayor le dijo al artesano:

-A ti te ha cabido en suerte recibir bajo tu custodia a la Madre del Señor –dicho que José no pudo entender en su momento.

Entre aquella situación que el carpintero poco comprendía, los sacerdotes le presentaron a María, que ya se hallaba en el Templo, en presencia de su madre. La joven, resignada a la voluntad de Creador, lo aceptó humildemente, a sabiendas que Dios todo lo podía, puesto que le había entregado el voto de pertenecer sólo a su Voluntad. Se cuenta que Dios había confiado y valorado en las capacidades espirituales y humanas de José para llevar a cabo su plan de Redención. Este hombre justo había sido escogido por Él para ser el esposo de María Santísima y hacer las veces del Padre de Jesús en la Tierra. Estaba todo escrito.

De este modo, la Biblia lo presenta como el ser que coope-

ra en el gran misterio de la redención, en la plenitud de los tiempos, y es consagrado como el ministro de la salvación. Por su paternidad se transformaría en la autoridad legal que le correspondería sobre la Sagrada Familia para hacer una dádiva total de sí, de su vida y de su trabajo. Su vocación humana estaría entregada al afecto doméstico, con el ofrecimiento de su corazón, y de toda capacidad en el amor puesta al servicio del Mesías, que más tarde crecería en su propio hogar.

Se ha tratado de definir muchas veces las virtudes de José para compararlas con las dignidades de María. ¿Era José el hombre digno para ser su esposo y el padre terrenal de Jesús? Se dice que la elección fue porque Dios vio brillar en él todas las virtudes de su vida oculta, como su humildad, la paciencia, la prudencia, la fidelidad -no quebrantada por ninguna tentación-, la austeridad, la sencillez y la fe, más la confianza en Dios y la más perfecta caridad. Esto sería refrendado al guardar con amor y entrega total la misión que se le confiara, cumpliéndola con una lealtad propia al valor del tesoro que se depositó en sus manos.

Después que María quedó oficializada como la prometida de José, su madre inició los preparativos de la boda ayudada por sus parientas, siervas y criadas. Esa era una tarea de mujeres.

En aquellos tiempos el matrimonio judío se componía de dos momentos diferentes. Después del compromiso inicial (erusim), los esposos continuaban en la casa de sus respectivos padres, pero no podían intimar hasta que se celebrase el segundo rito de los esponsales (nissuim), en que la joven esposa pasaba a vivir en casa del esposo legalmente. La consideración era porque las niñas se casaban entre los 12 y 14 años y los varones entre los 17 y 20 años.

Esta precocidad de los matrimonios era porque en las sociedades rurales, como Palestina, no existía prácticamente la adolescencia y se pasaba enseguida de la infancia a la edad adulta. Pero en este caso, Dios había querido a un hombre



Belén en 1890.

mayor de edad para María por los desafíos a los que lo sometería.

La fiesta que siguió a la boda duró seis días, como era la costumbre judía, y la celebración tuvo lugar en Jerusalén, cerca de la montaña de Sión, en una casa que se alquilaba para estos festejos. Además de las maestras y compañeras de la escuela del Templo asistieron muchos parientes de los padres de ella.

Según las visiones de Anna Catalina Emmerick, María llevaba puesta ese día una túnica muy amplia abierta con anchas mangas y un velo blanco colgaba por sobre sus hombros. En

su mano izquierda pudo ver una pequeña pulsera de rosas blancas y rojas de seda. El anillo nupcial no era de oro ni de plata ni de otro metal. Era orondo y tenía un color sombrío con reflejos cambiantes, derivados probablemente de incrustaciones triangulares.

José llevaba un traje largo, muy amplio, de color azul con mangas anchas, y en torno al cuello tenía una esclavina parda. Del pecho le colgaban dos tiritas blancas.

Terminado el festejo, Ana y Joaquín regresaron a Nazaret y María partió en compañía de algunas maestras y varias vírgenes que por edad también habían dejado el Templo. El primer sitio donde se detuvieron fue en la escuela de Levitas de Bet-Horon; todas iban en carretas y mulas. José, en tanto, se dirigió a Belén para ordenar algunos asuntos de la familia.

La casita donde previamente se alojó María era propiedad de su madre, quién la había preparado con gran esmero. Allí le sería fácil conectarse con la casa de sus padres, adonde podía llegar, sin ser observada, por una ruta apartada en media hora de camino. La casa de José no estaba muy lejos de la puerta de la ciudad y no era tan grande como la de Ana y Joaquín. Estaba sobre una colina que conducía a un sendero angosto y lleno de rocas. La parte baja de la casa estaba enterrada en la piedra y la parte alta era de materiales livianos. Otras casas circundaban la suya.

En la zona posterior José había ubicado el dormitorio donde alojaría con María una vez cumplido el segundo rito esponsal. (Sería en ese lugar donde tendría lugar más tarde la Anunciación del Ángel). El lecho estaba detrás de un tabique entretejido y en otro lado había un armario y una pequeña mesa con una tarima, que era el lugar de oraciones. La parte posterior de la vivienda estaba separada del resto por una pared, en medio de la cual se levantaba un fogón que tenía salida por el techo.

La Anunciación

En el Evangelio de Lucas (Lc 1:26-37) se cuenta que al sexto mes de su matrimonio con José, el Ángel Gabriel fue enviado por Dios a Nazaret para entregar un mensaje a María. Estando la joven en la fuente llenando un cántaro de agua escuchó por primera vez la voz del ángel, saludándola, y asustada por no ver ninguna presencia humana, volvió a la casa, atemorizada, y se puso a hilar para aquietarse. Más, el ángel regresaría esa misma noche mientras ella estaba en su lecho. Allí le anuncia su maternidad.

-Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo –le dice.

Ella, turbada por la presencia, no logra comprender el significado del saludo. Pero el ángel la tranquiliza.

-No temas, María, porque has hallado la gracia delante de Dios. Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre. Reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.

María, con su corazón latiendo muy fuerte, le pregunta:

-¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?

Entonces el ángel le explica:

-El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te

cubrirá con su sombra; por eso, el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios.

Al verla que seguía sin comprender, el ángel prosiguió:

-Mira también a Isabel, tu pariente, que ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios.

Ese anuncio la dejó sin palabras, pues sabía que su prima no podía concebir por estar en una edad avanzada.

Luego de un instante que le pareció muy complicado, María despejó sus dudas y creyó finalmente en lo que el ángel le anunciaba, y la Palabra se encarnó en ella. La joven había escuchado con atención y meditado en su corazón los acontecimientos y las palabras que ocurrían de parte de Dios en su vida, disponiéndose siempre a cumplir lo que Él le pedía. Y no solo aceptó que la Palabra se encarnara en su ser, sino que además encarnó la Palabra en su existencia. Cambió sus planes para seguir los de Dios y se mantuvo humildemente escuchando y cumpliendo Su Voluntad.

Lucas relata que al consultarle muchos años después a la Virgen María sobre este episodio bíblico, le dijo ella: “Lo sorprendente fue que el ángel me dejó libre para decidir si aceptaba o no la proposición. Al aceptarla pude vivir toda la gran aventura de traer a Jesús a este mundo, de ser su Madre, de criarlo junto con José, enseñarle y acompañarlo hasta el final de su vida, y luego verlo resucitar e irse al Cielo”.

La Virgen compartía una estrecha amistad con Isabel, la esposa de Zacarías. Y la fatalidad de su infertilidad las había hecho unirse mucho más, recordando el caso de su propia madre, Ana, que la diera a luz después de una esterilidad superada solo por la Gracia de Dios.

La Inmaculada cuenta en el Evangelio de Lucas que le parecía imposible que su parienta pudiera estar en el sexto mes de embarazo, pues Isabel y Zacarías tenían la edad de sus padres. Pero a sabiendas de su creencia en los ángeles, pidió

permiso en casa para unirse a una caravana e ir a verla en los alejados cerros de Judá.

A ese viaje se sumó también José, que debía adquirir materiales para el trabajo de su taller. Él no sabía aún del mensaje que le entregara el ángel a su esposa, tampoco de su concepción divina, porque ella no tenía autorización para contárselo. Y cuando lo hiciera, ¿cómo reaccionaría él? En su evangelio, Lucas indaga sobre este suceso, sobre el cual le responde María: “Solo podía yo confiar que Dios, como siempre, solucionaría el problema. Y así fue como lo hizo, explicándole a José en sueños la venida de Jesús al mundo, por medio del Espíritu Santo y concretándose en mi persona”.

Al llegar la joven a la casa de Isabel no alcanzó a contarle sobre el anuncio que le hiciera el ángel, pues ella se adelanta a decirle: “Bendita tú entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Cómo he merecido yo que venga a mí la Madre de mi Señor? Dichosa Tú por haber creído”.

Sin duda, el ángel le habría dicho a Isabel que en el vientre de María se gestaría el Hijo de Dios.

Por haberla recibido como “la Madre de mi Señor”, María le cantó una antigua alabanza inspirada en pasajes de las Sagradas Escrituras, y en los días siguientes, juntas siguieron cantándola todos los días, agradeciendo y alabando a Dios.

Por el avanzado estado de gravidez de su prima, María se quedó cuidándola y ayudándola en los menesteres de la casa, así como en la preparación del ajuar. Y ahí permaneció en los siguientes tres meses hasta producirse el nacimiento del niño, que Isabel y Zacarías llamarían Juan Bautista.

El conflicto de José

Después del nacimiento de Juan Bautista, que llegaría a ser el gran predicador y profeta que prepararía la venida de Jesucristo, María regresó a Nazaret con José, quién la fue a buscar. Por entonces, él ya estaba en conocimiento de su embarazo al anunciárselo en un sueño el Arcángel San Gabriel, y con mucho amor y respeto la llevó a la casa que había preparado para que fuera su hogar.

Pese al anuncio del ángel, José no estaba tranquilo. Le costaba entender que su esposa María, siendo virgen, iba a concebir un hijo que no era físicamente de él. Las mujeres adúlteras debían someterse a un juicio público durante el cual se les apedreaba y morían. ¿Delataría su infidelidad? Se dice que esta idea rondó por su mente, pero ante la duda, se alejó de ella para impedir que cualquier impulso precipitado pudiera dañarla.

En esos terribles días de vacilaciones el ángel volvió a aparecerse para explicarle el misterio que no entendía. Y por aquella gracia que le había dado Dios, de ser un puente para la misión de asumir como padre terrenal del Hijo de Dios, comprendió finalmente la situación de angustia por la que María también estaría pasando. Dios quería salvaguardar la virginidad de la joven con la virginidad de José, uniendo sus

vidas en una abnegación profunda para compartir los dolores y alegrías; las espinas, el amor, el respeto, la santidad y el resguardo immaculado del hijo que se estaba gestando.

Toda la fidelidad de este matrimonio consistía en guardar la virginidad del otro, como la de dos estrellas que mutuamente se iluminan con sus rayos dorados y plateados, pero sin nunca tener contacto. Alrededor de este hijo único María y José iban a construir su amor conyugal, siendo Jesús el centro de sus vidas.

Posteriormente, María se consagra a la espera de su hijo, pero nunca deja de ser la esposa de José. Desde el anuncio del ángel, ambos quedan comprometidos en el misterio de la encarnación y de la educación de Jesús. La maternidad de María garantiza la naturaleza humana del niño y la paternidad adoptiva de José permite darle una identidad social, un nombre, unas raíces en el pueblo judío, una tradición y una herencia, más un árbol genealógico, una educación y un oficio. Esa sería su función.

Lucas destaca la presencia de María en el misterio, al tiempo que Mateo pone de relieve la función de José. Pero ambos evangelistas se complementan para mostrar cómo María y José responden al plan divino de salvación. Ambos esposos habían abierto su corazón a Dios, al hijo que recibirían y a la humanidad entera. Su actitud de apertura en el amor de esposos es una imagen expresiva y evocadora del matrimonio y de la virginidad que los une. Ambos vivirían en función del Hijo, dado por el don de Dios a fin de cumplir con el plan supremo de la salvación de los hombres.

A menos de un mes del nacimiento de Jesús, la vida de los esposos María y José transcurre tranquila. Su casa estaba en la parte alta de la calle principal del pueblo, y por una escalera

posterior se podía subir al techo para secar las cosechas en verano y también para poner la ropa lavada al sol. El jardín de la entrada estaba bien cuidado. En el interior del sitio había una pequeña huerta donde María sacaba hortalizas para las comidas. En el patio de atrás estaba el taller de José, con una bodega donde apilaba sus herramientas y trabajos de madera. Todo estaba bien pensado, hasta la dirección del viento, para impedir que el aserrín se desparramara a la calle.

Como buen artesano, José se había preocupado que tanto las puertas como las protecciones de las ventanas estuvieran bien barnizadas y fueran de calidad. También eran de buen diseño las mesas, las sillas y las camas. El fabricó la cuna de Jesús, que se mecía, y María se abocó a hacerle el pequeño colchón, las sábanas y una colcha tejida por ella misma.

La beata Emmerick cuenta haber visto en un extremo del comedor de invierno una cocina a leña que se alimentaba de los restos de tablas y del aserrín del taller de José. “El ambiente era muy cálido y allí se reunían los esposos con sus parientes cuando los visitaban”, dice. Hacia la parte posterior de la casa estaba la habitación de José y María; luego había una habitación vacía, que en el futuro sería el dormitorio de Jesús.

El Arcángel Gabriel les había dado instrucciones acerca del nacimiento del niño, pero aparentemente no les dijo que deberían trasladarse a Belén. Por eso José dijo a María en un momento:

-Si Dios quiere algo de nosotros, ya nos lo hará saber.

Quedaban pocos días para el nacimiento y María ya había preparado todo lo necesario para recibirlo.

Muchos años después es la propia Virgen María quien le narra a Lucas cómo se empiezan a dar los acontecimientos a partir de ese momento. Le cuenta ella: “Una mañana entró al galope un jinete por la calle principal de Nazaret, envuelto en una capa que flotaba al viento. Y cuando llegó al medio del pueblo, tocó una trompeta para llamar la atención. La gente

salió a la calle desde sus casas, y el soldado hizo un anuncio”.

“Por orden del Emperador de Roma, se hará dentro de este mes un censo general del Imperio. Todos deben registrar los datos de sus familias, y los que son miembros de familias procedentes de otros pueblos, deberán registrarse en el pueblo de origen familiar. Quien no cumpla estrictamente con estas órdenes será severamente castigado”.

En Nazaret, casi todas las familias provenían de la misma zona porque habían vivido allí por muchas generaciones. Narra María: “Ellos sabían que José y yo éramos de la familia de David y que procedíamos de Belén, por cuanto, al alejarse el soldado vinieron las vecinas afligidas a conversar conmigo. Una me dijo: “¿Cómo pretenden que te traslades a Belén ahora, cuando apenas puedes caminar?”. Los hombres, por su parte, manifestaron a José: “Este decreto del Emperador es injusto e inhumano. Ustedes no tienen por qué cumplirlo; sólo ocúltense”.

Lo que en verdad sucedía era el temor que tenía el Emperador de ser depuesto por un nuevo rey, a quien habían dicho que éste nacería entre el pueblo judío. Él quería averiguar quién era ese niño para mandarlo matar, y de allí que concibiera la idea del censo. Pero María y José desconocían la trama del gobernante.

“Nosotros pudimos haber quedado muy afligidos y descontentos con el cambio repentino de nuestros planes –señala la Inmaculada a Lucas, y se pregunta-: ¿Por qué Dios, si quería que Jesús naciera en Belén, no nos lo hizo saber antes? ¿Por qué Dios, que había enviado un Arcángel para anunciarnos la Encarnación, usó a un simple soldado romano para indicarnos que fuéramos a Belén? Si hubiéramos tenido más tiempo, José podría haber viajado antes para arrendar una casa y hacer contactos para trabajar allá”.

Pero lo cierto es que Dios quería que no pudieran preparar nada para que Jesús naciera en ese pobre establo. El hecho

queda claro en la revelación que le hace la Virgen a Lucas: “A través de su decisión, Dios nos da un ejemplo maravilloso de humildad y de santo desprendimiento de las cosas de este mundo. Dios sabe lo que hace y también cómo lo hace”.

Pese al consejo de los vecinos, José y María deciden cumplir con el mandato imperial de registrarse en Belén. Era un hecho que Dios quería que su Hijo naciera en ese pueblo, y aunque no les informara a través de un ángel, como otras veces, sí lo había hecho a través de una manera formal, con un trompetista. A ellos les mortificaba sin embargo que el viaje se diera en invierno.

En el taller de José había un burro gris, con una mancha blanca sobre su hocico, el cual ocupaban para trasladar las tablas y llevar los muebles a los clientes. Ahora iba a ser útil para el traslado, con María sentada de lado sobre un cojín. De modo que ella preparó dos bolsas para el viaje, una con provisiones y otra con ropa, donde incluyó algunas cosas para el ajuar. Una vez que estuvo todo listo, la joven se envolvió en un grueso manto con capucha y subió con cuidado sobre el asno, mientras José tiraba suavemente de las riendas.

El estado de gravidez de la Virgen no hizo las cosas fáciles durante la travesía por el desierto ni por los contrastes del clima. Debieron detenerse innumerables veces por la incomodidad de ella, también para comer y descansar. María estaba llegando al noveno mes de embarazo y debía agitarse lo menos posible.

Para acortar el viaje tomaron la ruta que conducía a la cima de Gelboé, a fin de preferir los atajos, y desde allí siguieron a Ginim, donde estaba la casa de Lázaro. Éste tenía un parentesco que lo unía a la Sagrada Familia, donde María pudo descansar después de un amistoso recibimiento.

Durante el viaje la Virgen desmontaba a ratos, siguiendo a pie algunos trechos. A menudo los esposos se detenían en lugares protegidos para tomar alimento. Llevaban panecillos

y una bebida que les refrescaba y fortalecía. Recogían bayas y frutos de los árboles y arbustos que estaban en los lugares más expuestos al sol. Señala Anna Catalina en sus visiones que la montura de María tenía unos rebordes sobre los cuales apoyaba los pies y que de esa manera no quedaban al aire. “Sus movimientos eran siempre sosegados, singularmente modestos”.

En el transcurso del viaje María preguntó a José dónde alojarían, y éste le refirió acerca de un alojamiento cómodo que conocía y cuyos dueños eran gente buena y piadosa. Pero todo iba a acontecer de manera diferente.

Al llegar a Belén se toparon con que había mucha gente en las calles, enfiestada, con bullicio, previo a una alegoría que tendría lugar. Muchos estaban instalados en carpas en las calles para cobijarse. Por esta afluencia se le negó a José el hospedaje que pretendía al estar copado. El dueño, que no lo reconoció de sus años de adolescente, se disculpó:

-He tenido que ocupar hasta los únicos rincones. Siga buscando y algo hallará.

Desencantado, el carpintero fue de casa en casa, pero nada había disponible para ellos. Tras una persistente caminata golpeando puertas, el matrimonio llegó a un caserío donde, supuso, se les recibiría. Pero la dueña había salido y el marido, en actitud poco amable, rechazó su pedido. Cansados y hambrientos prosiguieron la caminata, ahora ambos a pie, observando de pronto que el asno había deshecho la atadura e iba adelante en solitario. Temeroso José de que el animal escapara lo sigue hasta un establo, donde el asno había ingresado al oler forraje, y allí encuentran algunos pastores que, apretujados en torno a una fogata, los recibieron con benevolencia y les abrieron espacio para que se acomodaran. La noche estaba muy fría.

Cuando los ovejeros se enteraron que el matrimonio había sido rechazado en una estancia contigua, pese al estado de

María, fueron a increpar al dueño de casa. La dueña ya había regresado y se avergonzó por la actitud de su marido. Entonces fue con dos de sus hijos al cobertizo y, disculpándose, les ofreció algunas provisiones, que ellos comieron. El marido llegó poco después a ofrecer también sus excusas, y le aconsejó a José que se trasladara con su esposa a un lugar más apropiado donde ella pudiera dar a luz. Y le indicó una casa cercana que arrendaba piezas.

Así, ambos se pusieron otra vez en camino, y después de haber recorrido una legua llegaron a una posada rodeada de varias edificaciones, árboles y jardines, lugar que José recordaba de niño. Mientras la Virgen desmontaba, José pidió alojamiento, haciendo referencia a la recomendación que le hiciera el vecino, pero nuevamente el dueño se disculpó, diciendo que estaba lleno de peregrinos. En el momento en que dialogaban llegó su mujer, a quien María rogó con mayor humildad por un hospedaje. Ella, conmovida al ver su estado de gravedad, los llevó hasta un establo de su propiedad y los dejó allí, dando forraje al asno.

El pesebre de Belén

Al entrar al establo, a oscuras, advirtieron que el ingreso estaba obstruido por atados de trigo y esteras que se apoyaban contra los muros. También había otros objetos que dificultaban el paso, los que José despejó. Simultáneamente encendió un candil que la dueña le había pasado, y al constatar que no había peligro, acomodó a María en uno de los espacios donde comían los animales y que él que suavizó con trigo seco.

Más al fondo había dos o tres animales que, por las dimensiones del granero, no los perturbaron. Eran mansos y admiraban en silencio la escena en que José ubicaba a María de la manera más cómoda posible. Sobre una capa de juncos tendió luego una de las colchas que llevaba, semejante a las que usaba Ana en casa, y puso otra enrollada por cabecera.

En las visiones de Anna Catalina, José le pide humildemente perdón a la Virgen por haberse confiado del alojamiento que esperaba conseguir, pero ella en su interior se sentía inmensamente feliz por la llegada de su hijo. Durante la caminata había sentido los primeros síntomas del parto, y sólo le inquietaba no disponer de los utensilios requeridos para el nacimiento.

En ese momento José toma una bota de cuero y se dirige a

una fuente de agua cercana y la llena para darle de beber. Luego va a un comercio cercano y consigue un poco de carbones encendidos, que ubica en una caja de metal enrejada para atenuar el frío. También adquiere algunos recipientes para hervir agua, y regresa al establo. Con la comida que queda le prepara a la Virgen panecillos y frutas cocidas.

Después de haber comido y rezado, el futuro padre metió el asno al establo y lo ató en un sitio donde no pudiera incomodar; tapó las aberturas por donde se filtraba el viento y dispuso a la entrada un lugarcito para su propio descanso. Entre esos ajeteos, los síntomas del alumbramiento de María se habían quietado.

Durante la mañana siguiente María había recuperado la tranquilidad y rezó y meditó con gran humildad. Por la tarde, cuando los judíos suelen hacer su paseo del sábado, José la condujo con gran prudencia hasta la gruta de Maraha, nombre de quien había sido la nodriza de Abraham. Allí se quedaron algún tiempo y más tarde se acomodaron bajo un árbol para meditar, hasta que terminó el sábado.

De regreso al establo, María le pidió a su marido que tuviera todo dispuesto, pues esa noche se cumplirían los nueve meses de la gestación de su hijo. Así, cuando se puso el sol, José volvió al sector del comercio donde compró los utensilios que faltaban y otros alimentos. A la medianoche, al indicarle la Virgen que se acercaba la hora del alumbramiento, el carpintero colgó del techo varias lámparas encendidas que le habían facilitado para tener una mejor visual; y como el burro se había desatado, salió del recinto a buscarlo.

Al volver, dice la beata que José quedó pasmado al divisar a la Virgen rezando de rodillas sobre su lecho, vuelta de espaldas, entre una luz sobrenatural que caía sobre ella y ardientes llamas que envolvían parte del recinto. Lleno de santo temor se arrodilló a la entrada, quedando hasta el suelo en oración, y allí permaneció estático y sollozando.

La luz que envolvía a la Virgen se hacía cada vez más intensa, de modo que las lámparas encendidas no eran ya visibles. En eso María fue arrebatada en éxtasis y quedó suspendida en el aire, a cierta altura de la tierra, como gravitando. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho y el resplandor en torno suyo crecía y crecía. Los que estaban en los alrededores del recinto advirtieron que toda la naturaleza parecía estar en júbilo, hasta los seres inanimados. La roca de que estaba formado el suelo y el atrio parecían palpitar bajo la luz intensa que envolvía al establo.

Una estela luminosa, clara como la luz del día, serpenteaba desde María hasta lo más alto de los cielos, a esa hora a oscuras. Dice la beata: “Allá arriba había un movimiento maravilloso de glorias celestiales que se acercaban a la Tierra, y aparecieron con toda claridad seis coros de ángeles celestiales, mientras el Niño, todo luminoso, estaba acostado en el suelo delante de María”.

La Virgen permaneció algún tiempo en éxtasis, y luego cubrió a su hijo con un paño, sin tocarlo y sin tomarlo aún en sus brazos, hasta que lloró. Sólo entonces pareció volver en sí misma, y tomando esta vez a la criatura en su regazo, volvió a cubrirla con el paño que inicialmente la había cubierto. Fue el momento en que los ángeles del coro, ya en forma humana, se hincaron delante del Niño para adorarlo. Y cuando hubo transcurrido un rato desde su nacimiento, María llamó a José, que aún estaba orando con el rostro apegado a la tierra. Él también parecía estar en su propio éxtasis. En ese instante reaccionó y se acercó al Niño con fervor y cierto temor, tomándolo entre sus brazos, apretándolo contra su corazón y dando gracias a Dios por el don de recibirlo.

María fajó al pequeño con uno de los cuatro pañales que llevaba, y una vez que le dio pecho, lo colocó en el pesebre que le había preparado José. La beata narra que “la criatura era bella y brillante como un relámpago”, y esa luminosidad



Escena que ilustra las circunstancias del nacimiento de Jesús en el pesebre.

sobrenatural tardaría en desaparecer. Más tarde los esposos permanecieron absortos en muda contemplación del Niño. La Virgen llevaba puesto un vestido blanco que la envolvía por entero, y nunca se le vio fatigada.

Cuentan las Sagradas Escrituras que esa noche hubo un extraordinario movimiento. Que los corazones de muchos hombres de buena voluntad fueron reanimados por un ansia plena de alegría y, en cambio, que los corazones de los perversos se llenaron de temor. Que hasta en los animales se manifestó la alegría a través de sus meneos y brincos y las flores, las plantas y los árboles tomaron un nuevo vigor y verdor, esparciendo sus fragancias.

El fenómeno también se extendió hasta Nazaret, donde esa noche en el Templo hubo un acontecimiento admirable y extraño: todos los rollos de las escrituras de los saduceos saltaron fuera de los armarios donde estaban ocultos, dispersándose. Este suceso causó gran confusión en todos los que presenciaron el fenómeno, y al no tener respuestas, lo atribuyeron a algún acto de brujería y repartieron dinero a los que presenciaron la escena para que mantuvieran el secreto.

Se señala que en el mismo Templo de Nazaret, Noemí, la maestra de María, más su prima Isabel, la profetisa de Ana y el anciano Simeón recibieron milagrosamente en imágenes el anuncio del nacimiento de Jesús, a larga distancia. Todos ellos vieron y reconocieron a María en medio de aquellas visiones, aunque no sabían donde había tenido lugar el acontecimiento; sólo Ana lo sabía.

En Belén, en tanto, el cielo tenía un color rojizo oscuro, mientras se veía un vapor tenue y brillante sobre la gruta del pesebre, también sobre el valle de la gruta de Maraña y el Valle de los Pastores, donde había una serie de viñedos y ganado disperso. Esos cabreros, que se encontraban a una legua y media de distancia, habían quedaron maravillados con la presencia desde la alta colina sobre el fenómeno luminoso nunca visto. Entonces se pusieron en un agitado movimiento rumbo a Belén, de donde provenía tal luminosidad.

Los Reyes Magos

A la misma hora avanzaban hacia Belén tres Reyes Magos, siguiendo a una estrella grande y brillante que les guiaba.

Quinientos años antes del nacimiento del Mesías habían existido antepasados de reyes magos que vivían en el Oriente, hombres poderosos por sus riquezas y extensas posesiones. Vivían en tiendas de campaña. Uno de ellos, que residía al Este del Mar Caspio, era descendiente de un rey que tenía numerosa servidumbre.

Antes de que el Niño Jesús fuera concebido en María, tres de esos distinguidos descendientes, que aparte de ser hombres de fortuna eran sabios de ciencia y cultura, habían estado siguiendo en el cielo la aparición de una nueva estrella que a veces se asomaba y en otras desaparecía.

Uno de estos sabios era Melchor, un persa al que se le consideraba un mago por todos los conocimientos que tenía sobre las estrellas y la divinidad. Él sabía que se esperaba la llegada de un Mesías, un hombre que iba a traer la libertad y felicidad a todos los seres humanos, y permanecía atento a la señal. Con sus amigos Baltazar y Gaspar, los otros excelsos, había descubierto muchas nuevas estrellas y dibujado mapas de las galaxias y del movimiento de la Tierra y los planetas.

Los tres eran personas conocidas y admiradas. Además de ser estudiosos de los astros sabían mucho de religión. Querían aprender más del Cielo y la Tierra, de su Creador y de sus planes para el hombre, de la lucha del bien contra el mal y, esencialmente, deseaban que este Dios misterioso les mostrara qué quería de ellos.

Cada uno por su lado había descubierto aquella estrella brillante que parecía entregarles un mensaje lleno de premoniciones. Los tres pensaron que aquel Dios respondía así a sus investigaciones y oraciones. Entonces la estrella comenzó a moverse, como instándolos a ir hacia el Oeste, y sin más razonamiento prepararon el viaje. Muchos los creían locos, porque ya habían cumplido los 50 años de edad, que equivalía a ser un anciano. En ese lapso la estrella permaneció inmóvil, y sólo comenzó a moverse cuando iniciaron el recorrido a lomo de camellos con sus familias y servidumbre.

Se relata que durante tres meses los Reyes Mago cabalaron por tierras de los caldeos, por la Mesopotamia y a través del país de los asirios hasta entrar en Judea, que estaba bajo el imperio romano. A medida que se aproximaban a su destino –cuya dirección les indicaba la estrella–, varios pastores que ya estaban al tanto de su viaje se les fueron uniendo para conocer también al Mesías.

Cuando los magos llegan a Jerusalén, ignorando las intenciones de Herodes, lo primero que hacen es acudir ingenuamente al palacio del monarca, y amparados en su condición de hombres sabios, pidieron ser recibidos por él. Herodes, respetuoso y temeroso de los hombres de ciencia, no se hizo esperar. Entonces le preguntaron:

-¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer?

La pregunta sorprendió e inquietó al monarca, quien respondió:

-Yo soy el único rey. ¿Acaso hay otro rey?

Baltazar le dijo:

-Hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle.

Disimulando su recelo, Herodes los llenó de preguntas que los magos no supieron responder. Les pidió entonces que apenas ubicaran a ese rey de los judíos se lo comunicaran inmediatamente para que él también fuera en persona a adorarlo. Al irse estos, Herodes reunió a los príncipes de los sacerdotes y a los expertos en la Biblia para saber dónde nacería aquel Mesías y acabarlo.

Esa noche los Reyes Magos no habían perdido de vista la estrella al entrar a la ciudad. Al hablar con los sacerdotes judíos, éstos les dijeron que los profetas habían anunciado que el Mesías nacería en Belén, porque de ahí era el rey David. De tal modo, no tardaron en dirigirse a Belén durante un engorroso viaje por la gran cantidad de equipaje que llevaban.

En el camino se les aparece un ángel, que les dice: “No temáis, pues vengo a anunciaros una gran alegría para todo el pueblo de Israel. Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo, el Señor. Por señal os doy ésta: encontraréis al Niño envuelto en pañales, echado en un pesebre”.

Mientras el ángel les hablaba, un fuerte resplandor los cubrió a todos, y fue más intenso cuando aparecieron siete grandes figuras aladas, todas muy bellas y luminosas que llevaban en sus manos una especie de banderola larga, donde se veían letras del tamaño de un puño, mientras alababan a Dios cantando: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad”.

Al alba llegaron a la gruta Melchor, Baltazar y Gaspar, los sabios del Oriente. La estrella brillante los había guiado hasta el pesebre, donde en su alrededor permanecían silenciosos los pastores de la colina. En esto José salió de la gruta para ir a su encuentro. Los tres Reyes le dijeron con simplicidad que habían ido a adorar al Rey de los Judíos recién nacido, cuya estrella habían observado, y querían ofrecerle sus presentes. José los recibió con mucho afecto, y un anciano pastor que

estaba con él los acompañó hasta donde se encontraban los demás, a cierta distancia, y les ayudó en los preparativos.

Antes de ingresar al pesebre, la beata relata que los Reyes Magos se dispusieron para una ceremonia solemne. Se vistieron de mantos muy amplios y de colores, con una cola que tocaba el suelo. Sus trajes brillaban con reflejos, como si fueran de seda natural; eran ropajes muy hermosos y flotaban en torno a ellos. Eran las vestiduras que usaban para las ceremonias religiosas especiales. Llevaban en la cintura bolsas y cajas de oro colgadas de cadenas, todo lo cual era cubierto con sus grandes mantos. Cada uno iba seguido por cuatro personas de su familia, además de algunos criados que llevaban una pequeña mesa, una carpeta con flecos y otros objetos.

Bajo un alero, los Reyes cubrieron la mesa con la carpeta, y cada uno de ellos puso sobre ella las cajitas de oro y los recipientes que desprendieron de su cintura. Los magos se quitaron las sandalias y José abrió la puerta del establo donde estaba el pesebre. Dos siervos del séquito tendieron una alfombra sobre el piso, retirándose después hacia atrás, siguiéndoles otros dos con la mesita donde estaban colocados los presentes. Melchor fue el primero en ingresar, acercando con todo acatamiento los obsequios a los pies de la Santísima Virgen, poniendo una rodilla en tierra, mientras ella tomaba al Niño en sus brazos y lo cubría con una seda. Detrás del mago estaban sus familiares, que se inclinaron con toda humildad y respeto. Entonces él, con la cabeza inclinada, rindió homenaje al Niño con delicadas palabras: “Este Niño tiene el corazón puro y sin mancha; está lleno de ternura y de inocencia como los corazones de los niños inocentes y piadosos. No se ve en él nada violento, a pesar de estar lleno del fuego del amor”, dijo.

Al retirarse, se adelantó Baltazar con los suyos, y con igual humildad se arrodilló ante la Virgen y el Niño, ofreciendo sus presentes con expresiones muy conmovedoras. Entre los obsequios había un recipiente de incienso, lleno de pequeños gra-

nos resinosos de color verde, que puso sobre la mesa. Ofreció al Niño incienso, porque era un hombre que se conformaba respetuosamente con la Voluntad de Dios, de todo corazón, y seguía esta voluntad con amor. Se quedó largo rato arrodillado ante Él con gran fervor.

Al retirarse se adelantó Gaspar, quien por su avanzada edad tenía sus miembros endurecidos y no pudo arrodillarse, pero permaneció intensamente inclinado. Puso sobre la mesa un vaso de oro que tenía una hermosa planta verde. Era un arbusto precioso, de tallo recto, con pequeñas ramitas crespas, coronadas de hermosas flores blancas. Se conocía como la planta de la mirra. Ofreció la mirra por ser el símbolo de la mortificación y de la victoria sobre las pasiones, pues este excelente hombre había sostenido luchas constantes contra la idolatría, la poligamia y las costumbres enfadadas de sus compatriotas. Lleno de emoción estuvo largo tiempo honrando al Niño Jesús.

Las frases que dijieran los Reyes y sus acompañantes estuvieron llenas de simplicidad y fervor. Al momento de hincarse y ofrecer sus dones repitieron a María: “Hemos visto su estrella; sabemos que Él es el Rey de los Reyes; venimos a adorarle, a ofrecerle nuestros homenajes y nuestros regalos”. En sus simples plegarias encomendaron al Niño Jesús a sus propias personas, a sus familias, al país, a los bienes y todo lo que tenía para ellos algún valor sobre la Tierra. Además le ofrecieron sus corazones, sus almas, sus pensamientos y todas sus acciones.

En todo momento los sabios se mostraron llenos de amor y derramaron lágrimas de alegría, que cayeron sobre sus mejillas y barbas blancas. Se sentían plenamente felices, pues habían llegado hasta aquella estrella, hacia la cual desde miles de años sus antepasados habían dirigido sus miradas y sus ansias con un deseo constante. Estaba en ellos toda la alegría de la Promesa realizada después de tan largos siglos de espera.

La Santísima Virgen recibió los obsequios con leves movimientos de cabeza, aunque en su humildad encantadora mostraba un profundo agradecimiento a las personas que le llevaban los regalos. Por su bondad y la de José, todos aquellos presentes los repartirían más tarde entre los pobres.

Terminada la adoración, los Reyes volvieron donde se habían instalado con sus acompañantes, y fue entonces cuando los criados y servidores se dispusieron a entrar en la gruta. Éstos habían descargado los animales, habían levantado las tiendas y ordenado todo, y esperaban ahora delante de la puerta, con servil obediencia, honrar al Hijo de Dios.

Ese mismo día llegaron desde cuatro leguas de distancia numerosos pastores con sus mujeres y sus niños. Llevaban para el recién nacido pájaros, huevos, miel, madejas de hilo de diversos colores, pequeños atados que parecían de seda cruda y ramas de una planta parecida al junco. Se acercaron sumisamente al pesebre y saludaron a la Madre y al Niño. Después, de rodillas, cantaron a varias voces hermosos salmos. Cuando se despidieron, se inclinaron ante el pesebre como si besaran al Niño.

Pero el desfile de fieles no cesó. También llegaron piadosas mujeres que ayudaron en los quehaceres a la Sagrada Familia, lavando, ordenando y preparando comidas. Aunque en torno al establo era todo movimiento, curiosamente en Belén los demás no estaban atentos a lo que pasaba allí por la gran cantidad de forasteros que había acudido esa semana y debían atenderse. En su mayoría eran paganos. El comercio estaba muy activo por sus compras y ventas. Se vendían y mataban muchos animales porque algunos comerciantes de otros sitios pagaban sus impuestos con ganado. Eran pocos los que acudían a la sinagoga.

Una vez que decreció la asistencia de personas, José preparó en la gruta una lámpara con siete mechas; la encendió y colocó debajo una pequeña mesa con los rollos que contenían

las oraciones. Ante un cirio celebró la llegada del Señor con la Virgen María, con dos pastores que allí se hallaban y algunas mujeres esenias. Asaron pájaros envueltos en harina hecha de semillas de espigas y compartieron otras provisiones que les habían obsequiado los visitantes. Lo sobrante, que era mucho, lo repartieron otra vez entre los más pobres.

El octavo día después del nacimiento de Jesús, cuando debía ser circuncidado de conformidad con el precepto judío, José fue por la tarde a la sinagoga y llevó al establo a tres sacerdotes, más un anciano, una mujer y una cuidadora para esta ceremonia. Uno de ellos llevó una piedra octogonal chata y muy gruesa donde se efectuó la circuncisión.

El ángel había dicho a José que el Niño debía llamarse Jesús, pero uno de los sacerdotes no aceptó ese nombre y se puso a rezar para inspirarse mejor. La beata Emmerick narra que entonces se le apareció el ángel, que le mostró al sacerdote el nombre de Jesús escrito sobre un cartel, parecido al que más tarde estaría sobre la Cruz del Calvario. No sé sabe si en realidad el ángel fue visto solo por él o por otros de los religiosos, pero lo cierto es que de pronto se le vio muy emocionado escribiendo el nombre de “Jesús” en un pergamino, como impulsado por una desconocida infusión.

Después de la circuncisión el Niño lloró varias veces y José lo alzó y lo puso en brazos de María, que se había quedado en el fondo de la gruta con dos mujeres más. Ella tomó al Niño, que seguía llorando, y le dio pecho, lo que lo calmó. Al término del ritual los sacerdotes colocaron sus manos cruzadas sobre la cabeza de la criatura y oraron durante un momento.

A la noche subsiguiente, la prima Isabel llegó a Belén a lomo de un asno conducido por un viejo criado, y al verla María la abrazó con un sentimiento de indescriptible alegría. Isabel estrechó al Niño contra su pecho, derramando lágrimas de júbilo, mientras una criada le preparaba un lecho donde dormir. La Virgen e Isabel no pararon de conversar, y cuando ella le

habló de lo que había sufrido buscando un albergue en Belén, su parienta lloró muy conmovida.

María también le narró sobre el momento en que dio a luz al Niño Dios, explicándole que su espíritu se había arrebatado durante diez minutos, teniendo la sensación de que su corazón se duplicaba y que un bienestar indecible entraba en ella. Sintió que los ángeles la llevaban arrodillada por los aires y que le había parecido que su corazón se dividía en dos partes, con una mitad separada de la otra.

Según la visionaria, la Virgen María también le comentó a Isabel que luego de esa experiencia sintió una felicidad infinita que habitó en ese momento en ella, pero que ya no estaba más. Dijo que había visto delante de sí una luz deslumbradora, en medio de la cual su Niño había parecido crecer ante sus ojos. Y que sólo en ese momento lo vio moverse y lo escuchó llorar. Al principio había creído estar soñando por lo que no se había atrevido a tocarlo entre tanta luz. Al final le contó que no se había dado cuenta del instante en que el Niño se había separado de su cuerpo.

En los días posteriores María siguió siendo saludada y bendecida por visitantes de todas partes. Ella les mostraba al Niño fajado y cubierto con un manto y un velo. La cuidadora que asistiera la circuncisión había regresado varias veces después al establo. María le daba en cada oportunidad la mayor parte de lo que llevaban los visitantes para que lo distribuyera entre los infortunados del pueblo.

La revelación de Simeón

La Sagrada Familia llevaba ya cuarenta días en Belén y era momento de cumplir con otro de los preceptos judíos, que era presentar al niño a los sacerdotes en el Templo de Jerusalén para la usual ceremonia de ofrenda por su condición de hijo primogénito. Era una ceremonia simple: bastaba presentarlo en la basílica y ofrecer dos pichones o tórtolas en cumplimiento. La Bienaventurada ya estaba repuesta de su alumbramiento, y todos partieron a Jerusalén.

Cerca del Templo vivía Simeón, un anciano que por sus dones y sabiduría poseía un espíritu profético. Era de pelo blanco y larga barba que le daba un aspecto solemne. Su cara serena inspiraba confianza y sus ojos chispeantes reflejaban su inteligencia y a la vez su capacidad de conocer bien a las personas. La gente lo consideraba un santo, pues era un hombre bueno y piadoso que se había mantenido fiel a Dios durante toda su larga vida.

Simeón le había preguntado varias a Dios en sus oraciones “¿cuándo llegará el Mesías?”, y parecía que Dios no le quería contestar. Pero él era insistente y repetía: “Yavé, Dios de nuestros padres, ¿cuándo vas a cumplir tus promesas? Permíteme ver al Mesías antes de morir”.

Aquella mañana en que María y José llevaron a su hijo al

Templo, no era el día en que Simeón acostumbraba a ir. Sin embargo, por un impulso irresistible optó por ir al Templo y quedó sorprendido al ver a tantos niños con sus padres. Algo en su interior le decía que uno de los allí presente había sido elegido para la causa divina. ¿Pero cómo reconocerlo? ¿Sería un niño, un joven, un hombre, y de qué edad? ¿Lo iba a reconocer por su dignidad, importancia, milagros o seguidores? ¿O el mismo Mesías se iba a acercar a él y presentarse?

Inseguro antes las dudas, Simeón miró a muchas parejas y no encontró nada especial en ellos, y siguió deambulando por la basílica en busca de una señal divina. De pronto se detuvo ante una pareja; ella era muy joven y él de más edad. Iban con un niño en brazos. Y cuando iba a seguir de largo, un impulso irresistible lo hizo echarles una segunda mirada, y sus ojos se encontraron. Eran María y José.

Contaría Simeón que no supo por qué, pero le dieron unas ganas enormes de llorar. Les preguntó sus nombres y en ese momento, llevado por una fuerte premonición, les pidió que lo autorizaran a tomar al niño en sus brazos. Y cuando la criatura lo miró, el anciano se dio cuenta de que Dios le cumplía su promesa: tenía al Mesías en sus brazos, pero no grande y majestuoso sino pequeño y dependiente del cuidado de los grandes. ¡Qué distintos eran los planes de Dios!

Quiso saber en ese momento todo lo concerniente al niño, y María le detalló la visita del ángel y de cómo lo había concebido. También le habló de sus padres, de la casta de David, y de cómo su madre le había dado a luz a ella, también por la obra y gracia de Dios. Simeón no podía contener sus emociones, y entre muchas lágrimas se lo pasó indagando más y más.

Antes de irse, el anciano le reveló a María un reservado mensaje que a ella le resultó difícil de entender en aquel instante. Simeón le dijo: “El ha sido puesto para caída y salvación de muchos en Israel, y como un signo de contradicción, una

espada atravesará su alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones.”

El matrimonio quedó muy inquieto por el presagio de Simeón, pues conocían su prestigio profético y no podían poner en duda sus palabras. Por ello, regresaron sin tardanza al pesebre de Belén, donde llevaban más de un mes alojando.

A consecuencia de los comentarios de los pastores, no tardó en correrse la voz de que algo milagroso había acontecido en Belén. La aparición de los Reyes Magos había causado además gran impresión por su enorme séquito de servidumbre, por sus elegantes trajes y riquezas que llevaban a cuesta. Otros, al enterarse que había nacido un niño excepcional, se arrepentían de no haber hospedado a José. Pero no todo era arrepentimiento o expresiones admirables, porque algunos se referían a los Reyes Magos como aventureros que se dejaban llevar por imaginaciones extrañas. Había quienes creían, en cambio, encontrarles alguna relación con los relatos de los pastores acerca de la aparición de los ángeles. Tal diversidad de opiniones llegó a oídos de Herodes, que instigando a las autoridades de Jerusalén, les exigió tomar medidas.

Los Reyes Magos habían aprovechado la visita al Hijo de Dios para acampar en las afueras de Belén, y allí se mantenían, pese a la curiosidad de la gente. No obstante, una noche, mientras dormían bajo sus carpas, un ángel resplandeciente los despertó para prevenirles que el Niño sería dañado por Herodes y que debían partir de inmediato a avisar a sus padres. Para ello no debían pasar por Jerusalén, sino rodear la ciudad a través del desierto de Engaddi, orillando el Mar Muerto. Prevenidos de tal sentencia, los magos se apresuraron a comunicar el mensaje, y partieron presurosos.

Cuando el primero de los magos llegó al pesebre, José ya

había recibido en sueños el mensaje del ángel, que le dijo: “Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al niño para acabar con él”. Entonces el carpintero preparó a medias el equipaje y ayudando a María, que a la vez tomó al Niño, partieron con el asno sin demora. Los magos se habían ofrecido a acompañarlos, pero por haber desobedecido la orden del rey, acordaron finalmente que su presencia podría constituirse en un peligro mayor. Así, María y José emprendieron la marcha guiados por el ángel.

¿Por qué se dirigieron a Egipto? Había razones de carácter geográfico para decidir esa dirección. Escapar al Norte era imposible por la custodia de las fuerzas de Herodes. Hacia el Este significaba entrar en un interminable desierto que estaba por encima de sus fuerzas. Por el otro estaba el mar, y entonces, la alternativa más segura era hacia Egipto.

Cuando algunos días más tarde los soldados de Jerusalén llegaron al pesebre de Belén, María y José se encontraban ya cerca del desierto de Engaddi y en el valle no quedaban más que los rastros de las pisadas de los animales y algunas estacas que habían servido para levantar las tiendas de los pastores y los magos.

En el reinado de Herodes habían incidido sus hazañas criminales, muchas de ellas descritas por el historiador judío Josefo (Antigüedades Judías, 15.3, 3 § 53-56). Apenas hubo conquistado Jerusalén, el monarca se instaló allí y ordenó matar a cuarenta y cinco partidarios de Antígono, su contendiente. Dio muerte además a su cuñado Aristóbulo, a los dos esposos de su hermana Salomé, a su propia suegra Alejandra, a su mujer Marianne y a sus hijos Alejandro y Aristóbulo. Hombre hostil y terrorífico, llegó a ordenar que cuando él falleciera dieran muerte a incontables judíos ilustres que previamente habían sido concentrados en el hipódromo de Jericó, con el solo fin de evitar la alegría del pueblo en el momento de su deceso.

Con todo, su figura es más conocida por el relato de la “Matanza de los Inocentes”, narrada en el Evangelio de Mateo en el Nuevo Testamento (2:16-18). Al verse engañado por los sabios de Oriente, que le habían prometido decirle el lugar exacto donde estaba el Niño, Herodes, en un estado de intensa furia, ordena ejecutar a todos los niños nacidos en Belén, menores de dos años, para cerciorarse que entre las víctimas esté al que busca.

Se cumplió así el oráculo del profeta Jeremías, al señalar previamente: “Un clamor se ha oído en Ramá, mucho llanto y lamento: es Raquel que llora a sus hijos, y no quiere consolarse, porque ya no existen”.

La huída

La ruta que siguió la Sagrada Familia en su huída a Egipto está descrita en varias investigaciones históricas. La realizada por el franciscano Eugene Hoade, conocedor insigne de la Tierra Santa, donde pasó la mayor parte de su vida, tiene precisiones que son dignas de considerar.

De su relato se desprende que los elegidos de Dios habrían seguido la ruta hacia las montañas de Hebrón, por senderos empinados y seguidos de precipicios, peligrosos hasta de día, sin rastro alguno en la oscuridad. Sería allí donde tomaron el primer descanso para recuperarse del tremendo cansancio. Durante dos días no habrían hecho más que alimentarse y dormir. Pero como sus perseguidores debían estar cerca, continuaron a Bersabée, donde comenzaba la tierra desolada que se iba convirtiendo en puro desierto. Es probable que en esta parte de la travesía se hayan sumado a una caravana de caberos, con mujeres y niños, habituados a los rigores del clima.

El disponer de compañía les habría permitido sentirse más seguros durante un trecho, además de pasar inadvertidos si llegaba el momento de alguna inspección. Estaba también la orientación que debían seguir, y los guías habrían sabido detectar muy bien la presencia de agua en pequeños oasis. Pero hay señales de que después de recorrer muchas leguas se ha-

brían separado de la caravana por ir en dirección distinta a la que el ángel les indicara.

La Historia Sagrada se ha ocupado de este viaje más que de otras situaciones de la vida de la Sagrada Familia, por soportar valientemente todas las penalidades del camino, en tramos a pie y a lomo de burro, con un niño de pocos días de nacido y un pobre equipaje.

En ese período del año el calor del desierto ya era intenso y producía torturas de sed y espejismos, acentuado por los huesos de animales muertos como patente señal de la peligrosa travesía. De noche el frío era muy severo y la helada hacía decrecer considerablemente la temperatura del cuerpo. El padre Hoade relata que por la premura con que partieron de Belén, María y José no habrían dispuesto más que de una colcha y un manto para abrigarse en las noches con el Niño, al priorizar en la partida el peso sobre el animal.

Se cree, sin embargo, que el más grande sufrimiento que les acometió fue el temor de que en cualquier momento les fuera arrebatado el Hijo. La sensibilidad de María la hizo vivir en permanente agonía, pero un sentimiento todavía más intolerable fue el percatarse de que su hijo era ya objeto de odio y de persecución para darle muerte. Pese a ese sentimiento, el divino Jesús era defendido con gran dedicación de los sufrimientos. Los cariñosos brazos maternos le acurrucaban, protegiéndole del calor del día y del frío de la noche, y estaba bien alimentado por el seno de su madre.

Caminando a lo largo del Mediterráneo el matrimonio pasó desde Gaza a El Arish, que antes era conocida como Rinocolura, marcando la frontera entre el reino de Herodes y el Egipto romano. Al llegar a esta región por fin obtuvieron un poco más de seguridad al hallarse fuera de la jurisdicción del maléfico emperador.

Día tras día avanzaron por arenales y zonas rústicas hasta llegar a Pelusio, cuyas ruinas están a 90 millas al oriente del

actual Canal de Suez, y después siguieron al sudoeste para entrar en el verde Valle del Nilo. Sólo al llegar a Gosén pudieron tomar otro descanso, pues allí habían vivido sus antepasados y los acogieron con gran cariño. Pero como no podían fiarse de su seguridad, continuaron hacia Heliópolis; y dominando el panorama cerca de Guiza, asomaron las Pirámides y la gran Esfinge, una monumental escultura situada a unas cuantas millas al sudoeste de El Cairo.

Esta esfinge, que tiene 189 pies de largo y es el corte de una colina, ha sido el enigma de las edades y se ha convertido en el signo mismo del misterio no revelado. Su secreto no deja de tener cierta relación con el Todopoderoso, a quien el plan divino le colocó ante el poliedro en cumplimiento de la profecía: “He aquí que el Señor viene de Egipto. Y se sacuden los ídolos egipcios ante Él, y el corazón de Egipto se derrite en su interior” (Isaías 19, 1).

La mayoría de los escritores antiguos ha destacado la caída al suelo de todos los ídolos de un templo vecino al paso de la Sagrada Familia por los macizos arcos de piedra de Heliópolis. Había una tradición entre los letrados de Egipto, que data desde la permanencia del profeta Jeremías en esa región, y que decía que vendría un Rey de los Judíos “y entonces los ídolos serían destruidos”, como efectivamente aconteció a la pasada por la gran esfinge.

En Matarea, a seis millas al norte de El Cairo, fue finalmente donde se detuvieron María y José y construyeron una humilde morada con ayuda de judíos que habían escapado de otros opresores. Éstos tenían un admirable sentido de la camaradería y habrían sido de gran apoyo durante su estancia. En la plaza de Matarea había una única fuente de agua dulce, a la que acudía María para bañar en ella al Niño Jesús y lavar la ropa. Ese lugar se conocería más tarde como “La Fuente de María”.

Como ese fue el refugio que eligieron, y desconociendo el tiempo que allí permanecerían, José decidió retomar su oficio



José y María atravesando el desierto para llegar a Belén.

de carpintero, y sería la colonia judía la que le encargaría los mejores trabajos: la fabricación de camas, estantes, vitrinas, techumbre y todo lo que involucraba trabajos en madera. María, en tanto, se dedicó a tejer a mano para sus vecinas, en lo que era muy experta.

Por aquel entonces las Escrituras pasaban con frecuencia por la mente de María, las que se hallaban ya visiblemente en proceso de cumplimiento. Su inteligencia brillante sacaría vida de cada Palabra de aquel texto santo. Es probable que ella viera cosas que para otros estaban escondidas. Frases de las que otros ojos ni caerían en cuenta serían para ella proféticas o simbólicas de aquel Niño encantador que ella besaba con ardiente amor o lo estrechaba contra su seno con temor, según los particulares aspectos de su contemplación. No dejaba de angustiarse aquella espada de dolor predicha por el santo Simeón, que atravesaría la carne de su Hijo. Pero en tanto debía continuar con su vida, aunque sin ignorar que les sobrevendrían cosas terribles.

La permanencia de Jesús en Matarea debe haber tenido un sinnúmero de significados y de símbolos que convergirían en aquella profecía expresada siglos antes de que el Mesías viniera al mundo: “De Egipto llamé a mi Hijo” (Mateo 2,15).

Se cree que la Sagrada Familia permaneció seis años en Egipto. El término de su estada lo relata San Mateo así: “Habiendo muerto Herodes, he aquí que un ángel del Señor se aparece en sueños a José, y le dice: Levántate y toma al niño y a la madre, y marcha a tierra de Israel, porque han muerto ya los que atentaban a la vida del Niño”..

Conocido el mensaje, José lo transmite a María y juntos dejan Matarea para regresar a Nazaret.

Algunos escritos dicen que la vuelta fue por mar, por ser la forma más fácil y natural y porque ya no tenían por qué esconderse. Lo más probable es que con los ahorros conseguidos por sus trabajos se hayan embarcado en Menfis, al sur del río Nilo, y en dos días hubiesen llegado a Alejandría. Haciendo un trasbordo a otra embarcación habrían continuado de Alejandría a Jamnia –o Yavne-, en otros cuatro días, para finalmente cubrir el resto del viaje a pie y en asno desde el Monte Carmelo hasta Nazaret, porque la profecía decía: “Él será llamado Nazareno” (San Mateo 2, 23).

El extravío del niño

Jesús creció al lado de sus padres en Nazaret. Permanentemente ayudaba a José en un astillero donde reparaba barcasas y en otras permanecía en el taller de la casa aprendiendo el oficio de carpintero para la fabricación de muebles. José era su maestro, y el aprendiz resultó muy avezado: en poco tiempo logró ejercitarse con maestría en el oficio. Otros niños como él también seguían los oficios de sus padres, y por las tardes se juntaban y dialogaban.

Los padres de Jesús iban cada año al Templo de Jerusalén para llevar ofrendas a Dios y dar cumplimiento a otros ritos. Una de esas veces, cuando Jesús tenía 12 años, todos juntos partieron en caravana a Jerusalén acompañados de los primos de Jesús, que eran Santiago, Tadeo, Simón y José, además de otros parientes. Era un largo viaje que cubrían en carretas y mulas con los implementos necesarios para el viaje.

Llegados al lugar oraron varias horas en la basílica, como era la tradición, y después tuvieron la cena pascual que cada grupo familiar preparaba con un cordero asado, tal como lo indicaba la Ley de Moisés. Luego de la convivencia pernoctaron en el lugar y al día siguiente levantaron la carpa y emprendieron el regreso a casa, acoplándose a la misma caravana en que habían ido.

Durante el trayecto de vuelta María no divisó al niño, y pensando que estaría con sus primos o algunos conocidos, prosiguió la marcha al lado de José. Pero al anochecer, en vista de que Jesús no aparecía, lo buscaron activamente entre familiares y desconocidos, pero él no estaba con sus primos y ninguno lo había visto ese día. Llevaban casi un día de camino y debieron regresar a Jerusalén a buscarlo.

Cuenta María al evangelista Lucas: “En la ciudad lo buscamos por todas partes y tampoco lo encontramos. Al tercer día estábamos desesperados. Entonces se nos ocurrió volver al Templo, donde afortunadamente lo encontramos. Estaba sentado en medio de los hombres más destacados de la Ley, hablando y respondiendo a las preguntas que le hacían. ¡Se veía feliz!”.

Al verlo tan despreocupado, María se le acerca y le dice con cierto reproche: “¿Hijo, por qué te has portado así con nosotros? Tu padre y yo te hemos buscado por todas partes”. El niño, sorprendido, le responde: “¿Por qué me buscaban? ¿Acaso no saben que tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre?”.

A María y José les costó mucho entender y aceptar lo que su hijo les había dicho. Ella pudo entenderlo varios años más tarde al comprender que no solo se trataba de una lección para ellos, sino para toda la humanidad: el buscar al Padre siempre, el ser perseverante y seguir sin miedo la vocación.

Después de aquella ocurrencia de Jesús no volvieron sobre el tema y la vida de todos siguió su curso normalmente.

Contrario a lo que se cree, de que la existencia de la Sagrada Familia en Nazaret era muy privada y aislada de la gente, María contaría en su edad adulta a Lucas que en realidad actuaban como cualquier familia. “Éramos muy sociables y solidarios y Jesús tenía amigos y jugaba con ellos después de cumplir con sus labores cotidianas”.

El día comenzaba con las oraciones que recitaba cualquiera de ellos, inspirada en los Salmos. La Virgen se levantaba

muy temprano a hacer el pan en un horno de barro y a calentar la leche del desayuno que tomaban juntos con miel y queso fresco. Luego José y Jesús se dirigían al taller de carpintería para comenzar el trabajo, mientras María se dedicaba a los quehaceres de la casa. Ella solía cantar con frecuencia mientras lavaba la ropa y Jesús le ayudaba a tenderla en un cáñamo y a recogerla. Cuenta ella: “Mientras hacía mis labores, a mis oídos sonaba como una melodía el ruido cercano del serrucho, del martillo o del torno en el taller de José. Era la compañía que tenía en las mañanas”.

Al Niño le era corriente ir a la fuente por agua fresca, aquella que compartían todos en común. Jesús también acompañaba a su Madre a cargar las vasijas, que equilibraba sobre su cabeza. Los sábados iban todos juntos a la Sinagoga, como era la costumbre judía, y alguien leía y comentaba las Escrituras.

Cuentan los que les conocieron que María y José siempre fueron una familia cordial y abierta a los demás. Ayudaban frecuentemente a los que tenían menos y a las vecinas les gustaba ir a su casa donde cosían, zurcían, planchaban, bordaban, tejían y remendaban. Sus parientes vivían todos en el pueblo, incluyendo a los hermanos de José, los padres de ella -Joaquín y Ana- y los primos de José -Santiago, José, Judas Tadeo y Simón-, que querían entrañablemente a Jesús y le seguirían cuando Él eligió a sus apóstoles.

Cuando Jesús se acercaba a los treinta años, la salud de José se fue debilitando. María no se apartaba de su lecho y lo alimentaba con tres rebanadas de pan blanco, algunas frutas y un caldo que él bebía en una especie de ánfora. Se cree que su deterioro fue a raíz de su avanzada edad. El día de su muerte, que la beata Emmerik describe como “tranquila” y “sin alteración”, María y Jesús estaban con él junto a su lecho y elevaron plegarias para que Dios lo recibiera en su Reino con felicidad.

Al morir José, su cuerpo fue envuelto en lienzos blancos, con sus manos cruzadas sobre el pecho, e introducido en un



Pozo de Matarea, Egipto, donde María bañaba a Jesús de pequeño y lavaba su ropa. En la fecha que fue tomada esta fotografía, 1916, el lugar no había cambiado mayormente.

ataúd de su tamaño que fue depositado en una cueva sepulcral que un buen hombre le había obsequiado. Aparte de su esposa y de su hijo, no más de una decena de personas de la comunidad le habrían acompañado en la sepultación.

De ahí en adelante Jesús fue creciendo y formándose como un predicador con dones divinos que atraía a enormes multitudes, principalmente en los pueblos de Galilea y Perea, hoy Israel y Jordania. Viajaba mucho con sus seguidores. Ya tenía treinta años y tempranamente había formado su independencia. A menudo empleaba parábolas que animaban al auto-sacrificio incondicional como muestras de amor a Dios y a todas las personas. Durante sus sermones predicaba acerca del servicio y la humildad, el perdón de los pecados, la fe, la necesidad de poner la otra mejilla, el amor tanto por los enemigos como por los amigos, y la necesidad de seguir el espíritu de la ley más que la letra.

Jesús se reunía a menudo con marginados de la sociedad, a los que pertenecía el apóstol Mateo. Cuando los fariseos le recriminaban por reunirse más con pecadores que con los honrados, Jesús replicaba que era la enfermedad la que necesitaba un médico y no la salud. Según Lucas y Juan, Jesús también hizo esfuerzos por extender sus enseñanzas a los samaritanos, que seguían el culto israelita de una manera diferente. Esto se refleja en su prédica a los samaritanos de Sychar, a quienes consiguió convertir.

Su predicación se enfocó en sus seguidores más cercanos, los Doce Apóstoles, aunque muchos otros fueron considerados también discípulos. Jesús tenía un discurso apocalíptico. Predicaba que el fin del mundo vendría inesperadamente y que Él retornaría para juzgar al mundo, según cómo las personas trataran a los más débiles. Por esta razón avisó a sus seguidores de que estuvieran siempre alerta y mantuvieran la fe.

El primer milagro

Los judíos siempre han dado mucho relieve a las bodas, porque la familia es un tema de mucha importancia para el pueblo de Israel. Ocurrió en cierta oportunidad que estando Jesús acompañado de sus Apóstoles, fue a Galilea para asistir a una fiesta de bodas que tendría lugar llamado Canaán, cercano a Nazaret. Allí se encontró con su Madre, María, que le llevaba ropa limpia y elegante. Como los novios eran cercanos a la familia, la Inmaculada se sumó a los preparativos para la celebración nupcial.

Como era la costumbre, los invitados a la fiesta se sentaban en grupos pequeños, mientras las mujeres servían el mejor vino y alimentos, dejando para el final el vino que no era de tan buena calidad. Pero aconteció que a la mitad de la fiesta el vino se había acabado y eso no podía suceder en una celebración de bodas. Entonces fue cuando María hizo saber a su hijo si él podía “hacer algo”, a sabiendas de sus dones especiales, y le susurró en voz baja. “No tienen vino”. Para el encargado de la atención de los invitados era un problema grande, porque la situación que se había presentado lo superaba. Entonces Jesús le respondió: “¿Qué nos va a ti y a mí, mujer? Mi hora aún no ha llegado”.

María cuenta a Lucas que ella no pensaba en un milagro,

sino que Él hiciera algo que ayudara un poquitito. Y añade: “Pero como yo conocía tan bien a mi hijo querido, que vi de inmediato en sus ojos lo que me estaba diciendo: “No te puedo negar nada, mamá”. Por eso fue que con toda confianza dije a los sirvientes: “Haced lo que Él les diga”.

Aquella fiesta tenía muchos invitados, al considerar el número de tinajas de agua que se habían instalado para el lavado ritual judío durante las comidas. Eran seis tinajas de cien litros cada una.

Jesús, con la serenidad y solemnidad de siempre, hizo llenar todas las tinajas de agua común y corriente, hasta el borde, y luego de adoptar una actitud de recogimiento y bendecir las tinajas, mandó a servir de esa agua al encargado de la fiesta. Sucedió que cuando éste la probó, toda el agua se había convertido en el mejor vino conocido. Tanto así, que el encargado expresó abiertamente al novio, felicitándolo: “Todos sirven primero el vino bueno, y cuando han bebido bastante sacan el de menor calidad. Pero tú has guardado el mejor vino para este momento”.

Este es el primer milagro comprobado que se le conoce a Jesús, aunque algunos sacerdotes atribuyen la caída de los ídolos profanos, a su paso por Egipto, como el primer hecho milagroso que realizara, durante la huída de Belén.

Mientras Jesucristo mantenía sus prédicas en Galilea, Samaria, Judea y Perea, que en forma creciente fastidiaban a las autoridades del reino y a los sumos sacerdotes que lo reprochaban, María tenía abundantes indicios para asegurar que su hijo había venido al mundo para sufrir por todos los seres humanos. Sabía que su misión no era solamente la de predicar verdades sobre el Reino de los Cielos, también debía introducir a la gente en ese reino.

No había olvidado la predicción de Simeón, que su hijo no iba a tener una vida fácil al ser un signo de contradicción, y que una espada atravesaría su misma alma. Con José, su esposo,

había leído una y otra vez cada pasaje de las Escrituras, de las referencias de Isaías en que anunciaba con muchos detalles los tremendos padecimientos que el Mesías debería sufrir por la raza humana de todos los tiempos, hasta el fin de los días.

Cuenta María a Lucas: “Mi mismo Hijo estaba consciente de todo aquello, pero si él era valiente, yo también tenía que serlo. Era la voluntad de Dios Padre, ¿y qué padre no da lo mejor por sus hijos? Yo confiaba absolutamente en Dios y en Jesús, y tanto Él como el Espíritu Santo me ayudaron a sobrellevar esos padecimientos”.

Cuando los acontecimientos se fueron desencadenando, María estuvo siempre consciente que Jesús actuaba conforme a un plan decidido de antemano. Esa tarea de salvación incluía su muerte y resurrección, y en este sentido, Él no hizo nada para evitar los hechos que poco a poco fueron ocurriendo, aunque terminaran en su Pasión.

La creciente oposición de las autoridades religiosas judías era inevitable porque Jesús ya no predicaba solo el judaísmo, sino el Reino de los Cielos, algo superior y universal. El debía decir toda la verdad, y esa verdad incluía las críticas a los sacerdotes y al modo de proceder de las autoridades judías. También incluía nuevas revelaciones sobre Dios mismo y sobre su plan de redención, que no podía ser ocultado solo por evitar conflictos.

Él no hizo esfuerzos para ganarse la buena voluntad del tribunal judaico, como realizar milagros a favor de los sumos sacerdotes y sus familias. Y lo que era más, los provocó haciendo milagros y predicando en el Templo sin pedirles permiso. Incluso, expulsó a los mercaderes del patio interior, considerando que tenía el poder absoluto de Dios sobre todas las cosas.

Días finales de Jesús

En la última semana de vida terrena Jesús se alojó en la casa de Lázaro, el hombre al que él había resucitado después de estar cuatro días muerto. Tenía un parentesco con su familia y con frecuencia alojaba allí. Esa semana empezó para Jesús con su entrada triunfal en Jerusalén, el domingo antes de Pascua. Había mucha gente en la ciudad preparándose para las fiestas cercanas, y el Salvador fue aclamado por muchos de los que se apretujaban en las calles, pues querían verlo. Jesús había alcanzado una gran notoriedad.

María se daba perfecta cuenta del peligro que su hijo corría. Ella alojaba entonces en la casa de una familia amiga, en la misma ciudad de Jerusalén, hasta donde fue Jesús a decirle que en esos días la iba a necesitar más que nunca. Le explicó su plan de adelantar la Pascua del viernes para el jueves, pues el viernes iba a sufrir en la Cruz, pero que el domingo resucitaría. Le pidió también que cuidara a sus apóstoles, que iban a quedar huérfanos y afligidos.

Cuenta ella a Lucas: “Las mujeres preparamos la Cena Pascual y nos preocupamos de todos los detalles. Eso era algo constante, pero esta vez era diferente. El jueves por la mañana Jesús dijo a Pedro que pidiera prestado el segundo piso de la casa de Juan Marcos para preparar la Cena Pascual. Pedro así

La Virgen María ha sido personificada con distintos nombres. He aquí su aparición a un campesino como Virgen de Guadalupe.



lo hizo, pero la preparación del cordero para la comida, los panes ácidos y las hierbas para la mesa, como todo el resto, lo hicimos nosotras las mujeres. Cuando llegaron ellos al anochecer ya estaba todo servido y, nosotras, discretamente nos retiramos”.

Los apóstoles eran muy jóvenes, en especial Juan, que parecía más un adolescente. Cuatro de ellos eran hijos de las mujeres que les acompañaban ese día, como la madre de Santiago y Juan y la del otro Santiago y José.

La celebración de la Pascua era para los judíos la fecha más trascendental del año. Se conmemoraba la salida del pueblo judío de la esclavitud de Egipto, o sea, la liberación. Al salir de allí los judíos se consideraron plenos de libertad. Eso era motivo de celebración especial, de gozo y solemnidad. Se servían cuatro copas de vino a lo largo de la cena, pero en la segunda copa que se sirvió ese anochecer, Jesús hizo notar a los Apóstoles que esa copa sería la última que compartirían con Él, ya que no beberían juntos otra copa hasta que llegara el Reino definitivo. Ellos no entendieron el significado de sus palabras.

María relata que al avanzar la noche, Jesús tomó con gran solemnidad un pan ácido y alzándolo en sus manos dio una bendición. Luego lo partió en varios pedazos, diciendo: “Tomad y comed todos de él, porque éste es mi Cuerpo que será entregado por todos ustedes para la salvación de muchos”. En seguida tomó los fragmentos y los repartió entre los once que estaban y no entre los doce Apóstoles que conformaban su grupo, pues Judas ya se había marchado. Después tomó un cáliz con exquisito vino, lo alzó y pronunció estas palabras: “Este Cáliz es la nueva Alianza de mi Sangre, que será derramada por ustedes. Hagan esto en conmemoración mía”. Y dio de beber a cada uno de la copa.

Ninguna de las mujeres participó activamente en la celebración porque Jesús estaba esa noche estableciendo el sacer-

docio de sus Apóstoles. Después de algunas enseñanzas, recomendaciones e instrucciones a ellos, Jesús se retiró con tres de sus discípulos al Huerto de los Olivos, mientras María y las otras mujeres se quedaron para lavar y ordenarlo todo.

La Virgen María reseña que aunque los Apóstoles no entendían muy bien las cosas que estaban sucediendo, ni menos lo que iba a suceder después, estaban confundidos y temerosos de quedar solos. “Yo quería ayudar, pero no podía hacerlo, porque mi hijo tenía que cumplir su misión, tal como se lo había dictaminado Dios Padre. Y me mantuve en silencio, como siempre, guardando todo en mi corazón”.

Una parte de la Pasión sucedió sin que la Virgen María pudiera estar presente, tanto en el Huerto de los Olivos como en el arresto y juicio ante Caifás y el Sanedrín (tribunal). Tampoco en la coronación de espinas ni en la flagelación misma cuando lo azotaron. Lo vio solo al día siguiente por la mañana, cuando los judíos lo llevaron al palacio de Pilatos. Ahí estaba ella entre la multitud, acompañada de Juan y de María Magdalena, una mujer de vida fácil, a quien Jesús había ayudado al arrepentirse después de su mal proceder. En el momento en que la multitud eligió a Barrabás como absuelto y condenaba a Jesús a morir en la Cruz, como un romano, que era el padecimiento más cruento que había, María creyó morir, lenta y eternamente. Vio a su hijo flagelado en el balcón del palacio y que apenas podía mantenerse en pie. Recuerda que la corona de espinas le daba una apariencia espantosa, con la cara hinchada y la sangre corriendo desde la frente hacia abajo.

Otro momento terrible fue su encuentro con Él mientras iba a duras penas por las calles de Jerusalén con la Cruz a cuesta. Los soldados a caballo separaban a la gente y entonces Jesús cayó al suelo, acabado, y ella alcanzó a estar a su lado. Se miraron y advirtió que su hijo tenía los ojos rojos por la sangre, la fiebre, el dolor y el agotamiento. “Su mirada de amor y de dolor partió mi corazón como con una espada”, rememoró ella.

Otro instante igualmente terrible fue cuando Jesús giró su cabeza hacia ella con gran esfuerzo, y en medio de su agonía, le dijo: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. El otro dolor espantoso que evoca fue verlo exclamar: “¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!”.

Dice María que solo la Fe, el Amor a su Hijo y la entrega a Dios pudo mantenerla de pie durante la crucifixión. “Mi corazón estaba destrozado y también flagelado, sin fuerzas ni para respirar al ver su dolor. ¡Pero cuántas veces sentí el apoyo de los ángeles! Ellos me decían: “Si Él no falló, tú tampoco puedes hacerlo. Cree, confía y espera, y eso se repetía en mis entrañas”.

La primera en verlo resucitado

Jesús había anunciado varias veces a los Apóstoles, en presencia de María, que resucitaría. Aunque ellos no lo entendieron, la Virgen sí lo comprendió. El había hecho un paralelo con el signo de Jonás, que estuvo en el vientre de una ballena y que salió con vida al tercer día. También dio otro signo al respecto, diciendo que si destruían el Templo de su Cuerpo, Él lo iba a reconstruir en tres días.

¿Por qué los Apóstoles no entendieron lo de la Resurrección? Explica María que entre los judíos, solo algunos creían en la resurrección de los muertos; y aunque los apóstoles creyeron en esa resurrección, lo entendieron como algo “muy lejano”, en un futuro incierto, pero no imaginaron en la realidad que ello pudiera darse con Jesús. Creían en Jesús como el Mesías, pero no que debía morir. No entendían la profecía de Isaías sobre el siervo doliente. Para ellos, el ser Mesías era ser inmortal y eterno físicamente, con un reinado ciento por ciento humano y les parecía absolutamente improbable que alguien pudiera darle muerte.

Ese día María alojó en la misma casa donde tuvo lugar la Última Cena, que era de Juan Marcos. Después de enviar mensajes a los otros Apóstoles, a quienes no podía abandonar a su suerte, y de tranquilizar a las demás mujeres, invi-

tándolas a orar, se fue al lecho donde pasó la noche.

La Resurrección de Jesús tuvo lugar efectivamente aquel domingo, cuando muy de madrugada apareció en la habitación de su Madre, sonriente y cariñoso como siempre. Cuenta la Virgen a Lucas: “No estaba resplandeciente como lo vieron en la Transfiguración. Todo en él, por así decirlo, era normal, excepto las marcas de las heridas. Eran unas heridas resucitadas, limpias y como dibujadas en su cuerpo. No producían ningún rechazo. Al contrario, recordaban triunfalmente su sacrificio de amor”.

Y añade: “No hicieron falta muchas palabras ni menos discursos. Nosotros siempre nos habíamos entendido con pocas palabras al pensar en todo igual. Sabía que yo había aceptado toda su Pasión, tal como Él la había aceptado de su Padre Celestial. En ese momento se me escaparon unas lágrimas de felicidad, que Él enjugó con cariño. Me explicó que se iba a aparecer a algunas personas durante el día, y me pidió que preparara una cena para todos sus discípulos esa noche, y que los invitara”. La historia que sigue es conocida: Jesús se apareció luego a Juan, Pedro, Magdalena y a los discípulos de Emaús, causándoles un gran asombro.

Después de aquello, María prosigue su relato a Lucas:

“Cuando llegaron los Apóstoles para cenar, ya estaban informados de la Resurrección de mi Hijo, pero no todos estaban convencidos. Tomás no llegó, pero los otros diez sí lo hicieron. Yo estaba segura de que Jesús aparecería en cualquier momento y preferí esperar en silencio. Les preparé un plato de pez asado y un sencillo postre de miel. Al final de la comida apareció Jesús, saludándolos con gran naturalidad. Todos se asustaron bastante, porque pensaron que se trataba de una aparición. Él los tranquilizó, como en la tormenta en el lago, y les mostró las huellas limpias de las heridas de su cuerpo, invitándolos a tocarlo para que se aseguraran de que no era un fantasma. Al final me pidió que le trajera un poco

de pescado cocido y miel, y comió delante de ellos”.

Añade la Santa Madre que el ambiente de la habitación comenzó a hacerse cada vez más alegre por lo que significaba la presencia de Jesús resucitado. Era el triunfo de todo lo que Él les había anticipado en los tres años de su vida pública. Las penas del día viernes comenzaban a disiparse como una niebla que dejaba paso al sol de la mañana.

Así, Jesús se fue apareciendo durante los cuarenta días siguientes y estuvo mucho tiempo a solas con su Madre y también con las madres y esposas de los Apóstoles, explicándoles el papel fundamental que cumplían ellas en la extensión del Reino de Dios. A María le pidió que se preocupara de su Iglesia, después de su partida definitiva, y lo hiciera como Madre suya y de todos los cristianos.

Hacia el final de esos cuarenta días, Jesús pidió a su Madre y a sus discípulos regresar a Jerusalén. Tal pedido los hizo temer que algo iba a suceder, pero María era la única que presentía que no lo volvería a ver. En aquella oportunidad, Él la miró con extrema dulzura, y esa misma mañana los hizo caminar hacia Betania, justo antes de ascender al Cielo para ubicarse en el Reino de Dios.

Epílogo

Por el Evangelio de Lucas conocemos que la Virgen María vivió en la tierra hasta los 65 años, y luego ascendió a los cielos para estar junto a su Hijo, el Mesías.

La presencia de la Virgen María en el cristianismo primitivo no fue la de una simple testigo, como se cuenta en estos escritos, sino la de una personalidad cualificada y en más de un sentido único, participante de un momento clave de la historia de la salvación: la encarnación, la crucifixión y muerte de su Hijo Jesucristo.

En las iglesias católicas y ortodoxa se le atribuyen facultades de intercesión ante su Hijo, y la devoción a Ella se manifiesta a través de expresiones diversas, que van desde declaraciones dogmáticas y doctrinales marianas hasta oraciones que se le dedican, acudiendo a títulos que la honran como la “Madre de Dios”, o la “Bienaventurada”, o la “Inmaculada Concepción” o, simplemente, “Madre mía”.

A dos mil años de distancia de los acontecimientos narrados, este clamor de ¡Madre mía! sigue siendo dedicado por quienes la enaltecen y confían en Ella al expresar un gozo o un grito de agonía. Nuestra Señora nunca es más recurrida que cuando nace un espontáneo gesto de gran felicidad

o de mayor desconsuelo. Es el grito de Gloria o la tabla de salvación de los creyentes católicos que acuden a Ella para restituirle su mérito o buscar su indulgencia a sabiendas que jamás faltará.

